

DESPUÉS DE DIOS

OTRO MODELO ES POSIBLE

SINCERO PARA CON THEOS

TEÍSMO: UN PARADIGMA A SUPERAR
CRISTIANISMO Y ATEÍSMO DEBEN RECONCILIARSE

José María VIGIL

Separata de «Después de Dios»,
colección «Nuevo Tiempo Axial», vol. 3
Servicios Koinonía 2021



No puede ser la Naturaleza... ¡Tiene que ser un dios!

JOSÉ ARREGI
CARMEN MAGALLÓN
JACQUES MUSSET
MARY JUDITH RESS
JOSÉ MARÍA VIGIL
SANTIAGO VILLAMAYOR

NTA-3
NUEVO TIEMPO AXIAL



"No puede ser la Naturaleza... ¡Tiene que ser un dios!"...

Hace 7000 años, toda la Naturaleza, toda la Realidad era sagrada, divina para nosotros. Parece que vivíamos una espiritualidad potente, holística, ecocentrada. Pero llegó una época en que el "homo sapiens" necesitó poner por encima de él un poder supremo que le protegiera y le garantizase la supervivencia, tanto en éste como en el otro mundo. Y así nació Dios como Theos, como un Sol ante quien rendirse, y el teísmo se consolidó como forma hegemónica de religiosidad.

El teísmo es la afirmación de un Ser Absoluto antropomórfico, que está ahí arriba, ahí afuera, como Señor y amo del mundo, en el que puede intervenir según su santa voluntad. Un Ente al que, consecuentemente, hay que tener contento y ofrecerle oraciones y sacrificios.

(Continúa en la otra solapa)



DESPUÉS DE DIOS OTRO MODELO ES POSIBLE

JACQUES MUSSET
MARY JUDITH RESS
SANTIAGO VILLAMAYOR
JOSÉ ARREGI
CARMEN MAGALLÓN
JOSÉ MARÍA VIGIL



ENTREGA (RELEASE) 1.1 (4 MAYO 2021)



DESPUÉS DE DIOS

OTRO MODELO ES POSIBLE

JACQUES **MUSSET**

CARMEN **MAGALLÓN**

SANTIAGO **VILLAMAYOR**

JOSÉ **ARREGI**

MARY JUDITH **RESS**

JOSÉ MARÍA **VIGIL**

DESPUÉS DE DIOS. OTRO MODELO ES POSIBLE.

MUSSET, MAGALLÓN, VILLAMAYOR, ARREGI, RESS, VIGIL

Publicado el 30 de marzo de 2021

Versión (release) 1.1 (4 mayo 2021)

Editores: José María VIGIL y Santiago VILLAMAYOR

Revisión: Santiago VILLAMAYOR

Diagramación y cubierta: José María VIGIL

Colección «Nuevo Tiempo axial», nº 3, tiempoaxial.org

© **Servicios Koinonía** info@servicioskoinonia.org

Red y Catálogo Internacional de *bibliomanager.com*

(disponible en: México, Colombia, Ecuador, Perú, Argentina, Brasil, Uruguay y España)

Editorial Abyayala, Quito, Ecuador editorial@abyayala.org

SBD Librería Internacional, Perú www.sbs.com.pe/ +511 418 9565

Ozonum Mercado Libre Argentina libros.mercadolibre.com.ar

Mujeres Tabor, California, EEUU mujerestabor@gmail.com

ISBN para esta edición digital: 978-9962-13-679-8

ISBN para la edición impresa: 978-9962-13-681-1

Disponible en formato digital, libre y gratuitamente, a través de:

tiempoaxial.org

redesreto10.blogspot.com

servicioskoinonia.org/LibrosDigitales

<https://tinyurl.com/ServiciosKoinonia2>

independentresearcher.academia.edu/SantiagoVillamayor

josemariavigil/academia.edu

y otras redes (también la suya si usted quiere).

Libro «nativo digital», no apto para impresión profesional; para papel, diríjase a las citadas redes de *impresión digital a demanda* Bibliomanager y Bubok, u otras. Si necesitara imprimir numerosos ejemplares para su comunidad, sus alumnos, parroquia... preséntenos su proyecto, para que podamos ver si le podemos ayudar: info@tiempoaxial.org

Imágenes de dominio público, tomadas de la red. Imagen de cubierta de Ross, *The Newyorker Magazine*, 1989.

Un libro, hermano de éste, aparece simultáneamente en italiano: *Oltre Dio*, en mayo de 2021 por Gabrielli Editori: www.gabriellieditori.it (cfr. p.91).

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	9
0. <i>La modernidad, el punto de partida</i>	23
Jacques MUSSET	
1. <i>Sobre lo inefable</i>	33
Carmen MAGALLÓN	
2. <i>«Eso nace y sale»</i>	59
Santiago VILLAMAYOR	
3. <i>Dios más allá de Dios, o del teísmo</i>	93
José ARREGI	
4. <i>Reimaginando la sabiduría que nos sostiene.</i>	145
Judith RESS	
5. <i>Sincero para con theos</i>	175
José María VIGIL	
<i>Sobre los autores</i>	233
<i>Para continuar</i>	237



NFA³

NUEVO TIEMPO AXIAL

5

SINCERO PARA CON THEOS

EL TEÍSMO ES UNA FORMA SUPERABLE DE PENSAR LA REALIDAD

José María VIGIL

Introducción

Querríamos tomar el tema de Dios desde sus orígenes, unos orígenes que no son tan largos, ni mucho menos eternos, como por la filosofía tradicional tenderíamos a pensar. Los homínidos¹, el género del que nosotros formamos parte, llevamos apenas en torno a 6 millones de años sobre este planeta, y *theos*, dios, apenas lleva 6000 años con nosotros, con nuestra especie² *sapiens*. Las religiones, sólo 4500³. Hemos vivido pues muchísimo más tiempo sin dios que con dios, sin religiones que con ellas.

Hasta donde hoy nos parece saber, es esta especie nuestra la que se ha quedado con la bandera de la evolución de un proceso de 13.730 mda (millones de años), en ese «pálido punto azul»⁴ o mota de polvo que es este planeta, en medio de una inmensidad cósmica a la que apenas acabamos de abrir los ojos para contemplarla con nuestros instrumentos

¹ Este nombre es ahora discutido... pero nos referimos en todo caso al género homo.

² Con otras especies humanas... hoy por hoy no sabemos.

³ Ésa es la antigüedad atribuida al hinduismo, la considerada más antigua.

⁴ Expresión de Carl Sagan.

actuales. Ahora sabemos que en nuestro sistema solar no hay seres con vida inteligente⁵, pero hoy creemos estar a punto de descubrir, más allá del mismo, cualquier día, exo-planetas con presencia de vida, que, probablemente, podría ser vida también inteligente.

En esta pequeña descripción del escenario del que queremos partir, ya se percibe que tenemos un relato muy distinto del que han contemplado las ocho mil generaciones de nuestra especie que nos han precedido. Sin ser demasiado pretenciosos, podríamos decir que ellas han estado muy ajenas a la realidad de lo que realmente eran. En lo que durante miles de años se han transmitido de unas a otras, daban cuenta de sí con una explicación mitológica, imaginativa, con una fantasía realmente llamativa; no obstante, ha sido con ese tipo mitológico de explicaciones imaginativas con lo que se han alimentado inspiracionalmente nuestros mayores, y nuestros ancestros, admirablemente. A ese tipo de explicación global podemos aplicar el dicho italiano: *se non è vero, è ben trovato*. Han sido «ficciones útiles», y muy útiles, que han logrado hacernos viables bio-evolutivamente.

En realidad, hace muy poco tiempo que nuestra especie ha sido capaz de registrar objetivamente la realidad mediante la escritura (algo menos de cinco mil años), y hace menos tiempo aún que este ser humano que somos ha emprendido con sus propios medios un viaje de vuelta atrás, de re-flexión, de retorno sobre sus propios pasos históricos, para poner al descubierto y tratar de conocer ese pasado que fuimos pero que no recordábamos... ¿Cómo aparecimos? ¿De dónde surgimos? ¿Cuándo, cómo... o incluso por qué? De aquellos oríge-

⁵ Nos referimos a una inteligencia como la de los humanos, sin entrar en su conceptualización, sabiendo que en un sentido profundo todo el fenómeno de la Vida es tendencialmente inteligente, y que no hay una ruptura de continuidad entre nuestra inteligencia y la de los demás seres, aunque los hayamos llamado «inferiores».

nes, de todo aquello que fuimos y que vivimos, obviamente, nada hemos heredado documentalmente. Sólo imaginaciones, intuiciones, suposiciones... argucias de nuestro cerebro, no sólo para descubrir la verdad, sino para posibilitarnos sobrevivir⁶; nuestras elaboraciones manifiestan una tremenda ignorancia, y una admirable sabiduría y creatividad.

Ha sido sólo en las últimas generaciones (a partir de la revolución científica del siglo XVI, del espíritu de la modernidad, de la Ilustración del siglo XVIII...), cuando hemos emprendido un inédito «viaje de vuelta», una revolucionaria «re/flexión»⁷ hacia ese pasado vivido pero no recordado. A estas alturas actuales ya hemos puesto al descubierto arqueológicamente muchos aspectos (importantísimos, decisivos) que ni siquiera pudimos imaginar en nuestra historia pre-histórica y pre-científica. Aquí, sin duda, es la realidad la que ha superado a nuestra imaginación mitológica. En cierto sentido, como se dice popularmente, no sabíamos dónde estábamos parados ni por dónde nos daba el viento.

Hoy día ya sabemos⁸ que no hemos llegado al planeta desde fuera, sino desde dentro, y que no hemos venido de arriba, sino de abajo. Que tampoco «hemos venido a este mundo», ni «hemos sido puestos en él», como durante milenios nos hemos venido diciendo a nosotros mismos; sino que hemos brotado en él, y de él. Que no hemos aparecido en la rama de un árbol, ni en los cabellos de una musa, ni tampoco

⁶ Eduard PUNSET, en Ciencia para todos: «El cerebro no busca la verdad, sino sobrevivir»: <https://tinyurl.com/yb8c2ls6>

⁷ No en el sentido llano de actividad cognitiva e intelectual, sino en un sentido especular, de espejo, de mirar nuestra imagen reflejada, de mirar nuestro pasado, de dónde venimos, quiénes somos, y de retrotraernos lo más posible con el conocimiento a los orígenes, a la verdad concreta, más allá de suposiciones, intuiciones o imaginaciones: una reflexión especular cognitivamente reflexiva, en los dos sentidos.

⁸ Y decimos que lo «sabemos», científicamente.

hemos sido «creados por Dios» en el sentido que hemos venido pensando en muchas tradiciones religiosas, como creados directamente por Alguien distinto del mundo, y desde fuera de él...; sino que procedemos del mismo y único tronco de la Vida, que se ha desarrollado en este planeta privilegiado, bien situado en la zona de habitabilidad en relación con la distancia a su estrella. Y que formamos parte de la familia única de la Vida de este planeta, descendiente toda ella de la primera célula, *Aries*, con todos sus miembros unidos sin ruptura de continuidad por los hilos, los *filum*, de la misma y única Vida⁹. Somos primates, no simplemente «descendemos» de ellos; somos grandes simios evolucionados. Una rama que, por la conjunción de complejos factores climáticos y genéticos, experimentó una evolución en la línea de una mayor encefalización y desarrollo concienical. «Emergió» en ella un nuevo estadio del fenómeno de la Vida de este planeta; con los homínidos llegó un conjunto de potencialidades nuevas: la liberación de las manos, el desarrollo craneal, la encefalización, la capacidad de pensamiento, el lenguaje, la reflexión...

Somos la primera generación que sabe todo esto. Doscientos mil años –toda su existencia– ha costado a nuestra especie llegar a este auto-conocimiento, con todas las limitaciones actuales, todavía. Es un relato nuevo, una nueva perspectiva, que inhabilita la utilidad de las «explicaciones» anteriores –aunque no descalifique su sabiduría–. Partiendo de este nuevo escenario ya no nos sería posible hoy elaborar aquellas magníficas e ingeniosas elaboraciones míticas del pasado. Ya no caben en las nuevas coordenadas cognitivas en que nos vemos reinstalados por obra de la ampliación misma del conocimiento: ya no podemos comulgar con muchas de aquellas elaboraciones que hemos construido nosotros mismos. Nos resultan extrañas, inasumibles. Las recuperamos

⁹ Única, aunque enormemente biodiversa a la vez.

y las estudiamos con un cariño inmenso, como cuando un adulto mayor se reencuentra con sus propios escritos de adolescencia o de infancia: un abismo se interpone entre las dos formas de mirar, aunque se trate de la misma persona. Pero volvamos a aquellos inicios.

Inteligencia, reflexión, sentido

No sabemos cómo fue, pero el ser humano desarrolló lo que llamamos «inteligencia», en una modalidad y grado nuevos, diferentes al que hasta entonces había alcanzado en los demás primates. Es un complicado conjunto de capacidades y sensibilidades multimodales, que incluye el sentir, el percibir, la intuición, el sentido de la belleza, la emocionabilidad, el amor, la dignidad, la fruición espiritual de dimensiones y valores casi inaprensibles, como los deseos infinitos, sueños movilizadores, experiencias inefables, extáticas, místicas, incluso «estados modificados de conciencia»... Toda una «noosfera» multidimensional, compleja, imposible de delimitar y menos de viviseccionar, de reducir a todos sus componentes y dimensiones... –No somos especialistas ni pretendemos dar una explicación suficiente sobre el tema; lo estamos simplemente apuntando, y lo hacemos constar–.

No hay que olvidar el dato elemental de que, en este nivel de noosfera, el género humano –el conjunto sucesivo de sus especies–, hemos partido de cero, del puro primate, de su inteligencia animal, y de su ignorancia basal. No hemos venido con un *software* preinstalado, porque ni siquiera «hemos venido», de ningún sitio, de ninguna fábrica, ni nos ha puesto en este camino ninguno de los innumerables dioses mitológicos que han creado a los seres humanos de las formas más curiosas e inimaginables. No «hemos sido puestos», siquiera. No hubo un momento concreto de aparición, ni mucho menos de creación, como para aparecer ahí ya «hechos»: «ahí están los primeros seres humanos». Fuimos primates, y somos todavía

primates, que han surgido en una nueva «emergencia» o fase de la Vida de esta Tierra, caracterizados por ese concepto global de «inteligencia», concepto múltiple como los hay pocos.

Desde que ha emergido, este primate ha sentido una irresistible necesidad de com-prehender, de abarcar, en-tender la realidad. Inte-ligencia: intus-légere, leer por dentro, captar lo interior, ver más allá de lo que se ve por fuera, llegar más adentro de la superficie de las apariencias, descubrir las causas que están por detrás y por dentro. Y lo ha necesitado hacer desde el principio, partiendo de cero, insistamos. Hemos comenzado con las uñas: sin herramientas, ni físicas ni mentales. Hemos tenido que hacérmolas, echando mano hasta de las piedras; no, no nacimos en un paraíso terrenal. Y desde entonces no hemos cesado de pensar, de repensar, de inventar, de reelaborar, de reinventar, de mejorar, de crecer sobre el «eje de acumulación» principal de nuestra especie, la inteligencia y el conocimiento.

Por ser inteligente, este primate ha necesitado, tanto como el aire para respirar y el agua para no deshidratarse, «explicación» y «sentido». Sería ésta una clasificación muy rudimentaria, pero suficientemente expresiva, para agrupar dos grandes tipos de necesidades fundamentales. La «explicación» busca la razón, las causas, la entidad, el conocimiento práctico, dominador de la realidad, eso que tengo que conocer para poder hacer algo que modifique mi entorno. Es el campo inabarcable del saber, del conocer, de las ciencias, hasta de la filosofía –dicho con términos actuales, anacrónicos para aquel entonces–. En todo caso, el ser humano necesita explicación, y si no existe o no la encuentra, la crea, o la inventa, aunque sea con creencias o con mitos o con magia.

Por su parte, la necesidad de «sentido» desea partir de las explicaciones correctas, pero en realidad no las necesita, ni le satisfacen necesariamente: el sentido se alimenta de «razones

del corazón», inexplicables, indemostrables, no razonables en este sentido. Es la necesidad de encontrar sentido a nuestra existencia, tener un porqué, un para qué, no sentirnos vacíos ni olvidados, sentir que el Universo nos es acogedor, no hostil; sentir un amor y una pasión que nos impulse a vivir, y a vivir en plenitud de sentido y de gozo; que nos haga no sentirnos solos, que nos haga sentir que nuestra vida tiene sentido, es valiosa, plena, significativa. Parece que ya desde sus primeros momentos, el ser humano no ha podido vivir nunca «sólo de pan»... sino de pan «y de belleza», en el sentido más amplio. Y es que el nuevo nivel de conciencia que ha emergido en este primate, con la aparición de su «autoconciencia», tiene esas nuevas e insaciables exigencias. Sin «sentido», este nuevo primate no puede subsistir; tiene que encontrarlo, y –también aquí– si no lo encuentra, lo inventa, lo imagina, lo cree adivinar, o lo encuentra «revelado»... y si no, se desespera y se quita la vida: sin sentido, la vida se le hace literalmente imposible, insoportable. Necesita sentido para vivir... y un sentido que sea tan fuerte... que incluso sirva para morir por él; ya no es un animal que trata de sobrevivir simplemente, sino de sobrevivir en ese plano más exigente que es el del sentido y de la emoción interior. Son las consecuencias de ser un animal con autoconciencia, único en ese nivel de la evolución.

Los primates, ancestros nuestros, tuvieron siempre su «conciencia», como los animales desarrollados, pero no «autoconciencia». Vivieron sin explicación ni sentido, impulsados sólo a sobrevivir, en la inmensa competición de la lucha por la vida, sin necesidades «subjetivas» cognitivo-afectivas e inteligentes. Con el surgimiento de la autoconciencia aparece ahí todo un abanico nuevo de necesidades, sentimientos, nostalgias infinitas, cavernas del corazón... que reclaman angustiosamente ser saciadas... Esta autoconciencia encuentra un vacío de sentido, en el que el primate siempre vivió tranquilo, del que no se daba siquiera cuenta. Con la nueva inteligencia, esta autoconciencia se da cuenta, reclama, exige, entra en

angustia, busca, afila sus numerosos sentidos... Muchas teorías antropológicas se han orientado por ese filón para explicar la «naturaleza» humana, el sentido, la base, la necesidad del fenómeno de la religiosidad o de la religión¹⁰.

Religiosidad

La evolución de este primate parece mostrar claramente un cambio de eje de acumulación evolutivo. No gana en fuerza a sus ancestros, no es más fornido ni más asustador por sus colmillos¹¹, ni por sus garras, ni por su hocico, incluso en nuestra especie se hace «el mono desnudo». Comparativamente, nace «sin terminar», indefenso, incapaz del todo para sobrevivir. El ternero, al poco de nacer, es capaz de ponerse en pie y alzar la cabeza para buscar la ubre de su madre. Nosotros tenemos que gatear un año para ser capaces de ponernos en pie. La gestación humana ha cambiado de eje y ha privilegiado el cerebro, que, no obstante, nacerá sin completar una gestación suficiente, y deberá madurar con el concurso del lenguaje y la cultura. Ahí están todos esos temas de la «juvenilización» de la especie humana, del componente cultural y lingüístico del *homo sapiens*. Esta curiosa forma de gestación aparentemente incompleta, hace de él una especie caracterizada por su indeterminación, por su falta de fijación para un hábitat concreto, y por su flexibilidad para ser completado con la cultura en mil formas diversas, lo cual le posibilita una estrategia peculiar de sobrevivencia, a base de compensar sus carencias.

¹⁰ Nadie sabe realmente qué es la religión, al menos, todavía nadie ha logrado satisfacer a los demás con una explicación convincente. Ver: Robert CRAWFORD, *What is religion?*, Routledge, NY and London 2002, cap. 1.

¹¹ Precisamente nuestro género ha disminuido el tamaño de los colmillos heredados. Juan Luis ARSUAGA, Evolución del tamaño de los dientes y el cerebro en nuestros antepasados: <https://tinyurl.com/yd8x3tdm>

Sugieren los bio-antropólogos que de ahí arranca la llamativa capacidad humana para la imaginación, para la creatividad, «para ver lo que no hay, lo que no está dado. Su capacidad de simbolizar y ver unas cosas como otras (metáfora), de poner orden en el desorden, de asumir el sinsentido para conjurarlo, transponiéndolo en imágenes, en palabras, en conceptos: en definitiva, su capacidad de interpretación, que fue reconocida por Heidegger y Gadamer como el ‘modo de ser’ del ser humano»¹².

Juan Luis Arsuaga afirma que lo que caracteriza al ser humano es que «veía cosas que no existen y creía realidades basadas en mitos que no son verdad, y atribuía a los animales cualidades humanas. De alguna manera sacralizaron la naturaleza. Creer ese delirio nos hizo como somos»¹³.

Pero la realidad se resiste: no sabemos nada de ella, y ella no se explica. Necesitamos explicar-la: desplegar su interioridad, sus causas, sus procedimientos, su naturaleza, para entender-la, y entendernos con ello a nosotros mismos, «saber dónde estamos parados» –pues la naturaleza forma parte de nuestra naturaleza–. El primate ‘nuevo’ que somos, apenas surgiendo de la oscuridad de la ignorancia, desnudo de herramientas físicas y mentales, pasará un largo período de su existencia poniendo las bases, tanto para su sobrevivencia, como para el desarrollo de esa su ventaja comparativa. Quedan en la noche de los tiempos las vivencias de los seres humanos en torno a la conquista del alimento, del fuego, de las primeras herramientas de piedra (paleolítico), a la vez que

¹² Sigo aquí especialmente de cerca a Michael MARDER y Luis GARAGALZA, *Evolución, inadaptación y patología creativa*, en BERMEJO, *Pensar después de Darwin. Ciencia filosofía y teología en diálogo*, Comillas–Sal Terrae, 2014, p. 106-128; aquí: 119.

¹³ rtve.es/b/redes/semanal/prg251/entrevista.htm – Ibíd.

a la conquista del lenguaje, del pensamiento, de los primeros inicios culturales... Pero con el tiempo, nuestra especie ha resultado exitosa: con esas facultades tan creativas e imaginativas, a base de esfuerzo y tiempo, nuestra especie acabará por dominar el mundo, por explicarse lo aparentemente inexplicable, y por llegar en la actualidad incluso a poner en peligro la viabilidad misma de la Vida en el planeta.

Pero no sabemos bien cómo fueron los inicios. Veamos.

Revisitando nuestra andadura espiritual

Parece que en los 70.000 últimos años de nuestra existencia como especie¹⁴ que tenemos datados arqueológicamente, hemos exhibido una conducta muy bien acomodada y adaptada a nuestro planeta (O'MURCHU 1997: 55). Nos hemos identificado con él, lo hemos considerado nuestro hogar (*oikos*), nos hemos acomodado a sus ritmos naturales, a los de los animales, al permanente y misterioso devenir cíclico de los astros, inalcanzables y siempre mensajeros... Nos hemos auto-descubierto como parte de esta única realidad integral total: el cielo no era más que la continuación del suelo, la parte de la tierra que no alcanzamos a tocar, el techo de nuestro hogar, y hemos cultuado esta tierra (aun antes de cultivarla) con veneración y reverencia, sobrecogidos por la misteriosidad de que aparecía revestida. No surgió en el principio ningún rasgo de una dimensión específica diferencial, distinta, privilegiada, separada, «sagrada», religiosa... Nada era designado como sagrado, porque todo lo era; no existía siquiera el concepto, porque nada era profano...

Durante decenas de miles de años, hemos vivido como en un «huevo cósmico», como en un seno materno, un útero, un todo unido, un *bolós* misterioso y sobrecogedor, que nos acogía como nuestro hogar, sentido como tal, y que nos ali-

¹⁴ De entre 200.000 y 300.000 años, según la duda introducida por los últimos descubrimientos del Norte de África ya en este siglo XXI.

mentaba espiritualmente con la contemplación extasiada que suscitaba en nosotros: lo santo y divino, holístico, omnipresente. Sin dimensiones ni coordenadas con las que marcar sus límites. [Es la admiración extasiada como aquella de la que luego hablará Einstein y muchos científicos].

En ese ambiente de sacralidad, en ese mundo sagrado unificado en el que hemos dado nuestros primeros pasos evolutivos, este primate *homo sapiens* crea –se reinventa a sí mismo con la creación de– el lenguaje, un instrumento que le posibilita una forma nueva de proyectarse a sí mismo y la realidad por encima, libre de la limitada realidad física. Con el lenguaje recrea la realidad, la empaqueta en palabras, la re-expresa en formas diferentes, la comunica, comienza a manejarla intelectualmente. Y, como el libro de la naturaleza le permanece cerrado y no le comunica gratuitamente sus secretos ni su sentido, el ser humano, sobre todo por medio de la ficción, del relato, crea el sentido que no encuentra, lo elabora y reelabora, lo enriquece, lo profundiza, lo comparte, y lo celebra. El mundo natural entonces se reviste de símbolos y significaciones, pensamientos, sentimientos, pertenencia, identidad, devoción, esperanza de buen futuro, ideas, nombres, conceptos, atribuciones, valores éticos, valores estéticos, vehiculados por las creaciones del lenguaje. Es un *software* cultural que va elaborándose y reelaborándose, copilotando desde dentro la evolución humana. Es esa dimensión cultural que decíamos que contribuye a conformar y madurar ese cerebro humano que es dado a luz sin terminar de configurar...

Bajo el influjo «anímico, inspiracional» de esa noosfera, destacan los mejores, los que tienen más capacidad interpretativa, una visión más penetrante, una intuición más profunda... que puede ser la vidente, el chamán, los poetas... que se adelantan, que expresan lo que el colectivo intuye, y que en ese sentido, guían como líderes y animadores del cultivo y de la veneración de esa Realidad sagrada que rodea ya al ser huma-

no como una incipiente una noosfera mental, afectiva, inconsciente, grupalmente subconsciente (Jung, arquetipos...).

La arqueología y la antropología cultural, en un esfuerzo inter/multidisciplinar, hoy parecen concordar en que durante toda estas primeras etapas del paleolítico, el inicio del neolítico y el mismo «calcolítico» (edad del cobre), hemos sido capaces de evolucionar, y de hacerlo al parecer exitosamente, creando un alma para el colectivo, una noosfera respirable para los humanos, que se han sentido agradecidos como en su casa, en su hogar, en el útero de una Realidad global captada como materna y fecunda, benévola y acogedora incluso en nuestro viaje de retorno al seno de la tierra. Han sido unas décadas milenarias nada románticas ni ideales; han sido épocas casi geológicas de minusvalía, de pobreza o más bien de miseria, de vivir permanentemente acosados en un medio hostil, de enfermedades y de muerte prematura, de profunda ignorancia. O sea, aquel sentido incipiente de sacralidad que el ser humano ha exhibido, tan patente para los investigadores actuales, no oculta las limitaciones, la penuria y las desgracias propias de aquellas épocas primitivas. Precisamente ese llamativo sentido de sacralidad de aquellos nuestros ancestros, puede ser considerado como un recurso de la evolución biológica integral, para hacer sobrevivir a esta criatura pequeña, tan indefensa y hostilizada por el ambiente. A pesar de sus miserias, podemos considerarlos unos milenios luminosos, evolutivamente fecundos, gracias a esa sacralidad global omnipresente que, inexplicablemente, el casi gateante ser humano ha sido capaz de intuir y experimentar.

Desde muy pronto¹⁵, hemos tratado a la Realidad con reverencia, con amor, con cariño trascendente, viendo en ella más de lo que veíamos físicamente. La hemos visto Viva, admirable, fecunda, misteriosa, inexplicable, sagrada, trascendente,

¹⁵ No podemos decir «desde el inicio», porque no sabemos qué fue el inicio.

inabarcable... llena de Fuerza, de capacidad de regeneración y de Misterio, y nos hemos sentido transidos de reverencia y hasta de adoración. Pero no como una actitud añadida o diferente, «religiosa»: sino como una actitud integral humana; y no como ante una realidad especial, parcial o separada, sino como ante la Realidad Total que nos envuelve y nos embebe, de la que nos sentíamos partícipes.

Toda esta noosfera de sacralidad –o si se quiere, de «religiosidad»¹⁶ – no ha venido de fuera, ni ha caído de arriba. No le fue entregada al ser humano, ni fue encontrada milagrosamente. Ha sido elaborada por los humanos, con su creatividad, con su singular forma de ser, inspirados por su propia intuición profunda, más allá de lo consciente y lo inconsciente, tal vez desde el nivel profundo de la meta-realidad misteriosa que quizá mueve por dentro, desde lo profundo, la Realidad cósmica de la que sólo vemos la superficie de una mínima parte.

Nota importante: hasta este momento evolutivo que estamos tratando de evocar, es decir, hasta hace 6.000/5.000 años, no ha aparecido *theos* entre nosotros, con ése o cualquier otro nombre¹⁷. Ni dios, ni diosa. No existe la palabra ni el concepto. Ni se lo echa en falta. Ni está ni se le espera.

Sí han aparecido ya (sí han sido elaborados) conceptos o ideas para manejar la realidad con el lenguaje. La misteriosa vida del ser humano, por ejemplo, cuyo principio ha sido primero identificado con la sangre, ha llevado luego a pensar que está controlada por un «alma», una entidad indefi-

¹⁶ No, desde luego de religiones, que en este período todavía faltaban miles de años para que aparecieran entre nosotros.

¹⁷ No estoy remediando a Yuri Gagarin en el espacio, cuando dijo que no había «visto» allí a Dios... Me refiero a un hecho muy concreto y verificable: que hoy la ciencia cree saber que, para este tiempo del que estamos hablando, el homo sapiens no ha elaborado todavía una idea semejante.

nida pero más sutil, que mantendría vivo al cuerpo humano; los seres humanos tendríamos un alma humana... Aparecen (vamos elaborando) también otros principios también sutiles y huidizos, como gnomos, duendes, dáimones demiurgos, elfos, demonios, hadas... entre misteriosos y mágicos, y toda una interminable serie de realidades misteriosas de cuyo empaquetamiento en «palabras» nos servimos con frecuencia para aparentar ante nosotros mismos que explicamos lo que no sabemos...

Es pues muy importante caer en la cuenta de que, por lo que hoy creemos saber, en el 97% de su tiempo de desarrollo evolutivo¹⁸ este *homo sapiens* no se ha encontrado con Algo/Alguien a la manera de lo que después llamará dios, *theos*, ni ha sentido su necesidad para vivir una vida bien realizada en este planeta, sabiamente compenetrada con la naturaleza, y llena de sentido de sacralidad y religiosidad profunda [no decimos «religión»]. En realidad, *theos* resulta ser un recién venido, hablando en términos «geológicos».

El «primer» tiempo axial

Hacia finales del calcolítico (edad del cobre) la evolución humana experimenta una profunda transformación, un verdadero «tiempo axial» –probablemente mucho más hondo que aquel otro sobre el que a mediados del pasado siglo XX Karl Jaspers¹⁹ llamó la atención–. Nadie tiene una descripción

¹⁸ Aunque generosamente supongamos 300.000 años de existencia para nuestra especie, según las últimas noticias aún por confirmar, 6.000 años sólo significan el 2% del tiempo humano evolutivo ya recorrido.

¹⁹ *Von Ursprung und Ziel der Geschichte*, 1949. Traducción española: *Origen y meta de la Historia*, Alianza Editotrial, Madrid 1980. Y parece que 70 años antes que Jaspers ya Glennie lo había presentado, aunque no se hizo caso a su aportación, quedando la de Jaspers como si fuera la primera y la única. Eugene HALTON, *From the Axial Age to the Moral Revolution. John-Stuart Glennie, Karl Jaspers and a new understanding of the idea*. Palgrave Macmillan, NY 2014.

cabal de tal transformación, ni sabe las causas últimas, sino quizá sólo algunas «antepenúltimas». ¿Fue por efecto de la revolución agraria? ¿Fue una especie de progreso natural en el desarrollo cognitivo y en la capacidad de abstracción? ¿Fueron las invasiones kurgans, quienes trajeron ya, de las estepas sub-siberianas, una arcaica visión dualizante? Son muchos los autores que señalan las invasiones kurgans como causa de esta transformación; pero ellas serían una causa penúltima o antepenúltima: ¿que fue lo que llevó a los pueblos kurgans a semejante evolución cultural, en esa zona euro-asiática, que les hizo irradiarla (a sangre y fuego) durante un largo período de unos 2000 años? Ni la época ni la zona están muy estudiadas; sí lo está la zona de la *Old Europe* sobre la que los kurgans se proyectaron principalmente (GIMBUTAS 1979). No obstante, todo este conocimiento está en construcción, y no exento de polémicas precisamente.

La **revolución agraria** es tenida por muchos otros estudiosos como la verdadera causa; esa revolución sería, para muchos, el momento más crucial que nuestra especie ha atravesado. Dejamos de ser cazadores-recolectores, nómadas, y pasamos a asentarnos y a convivir en pequeñas sociedades para trabajar la tierra, con lo que hubimos de reinventarnos: hubo que replantear nuestra relación con la naturaleza (ahora de conquista y de dominio), nuestra relación inter-humana de convivencia (ahora con reglas, con derecho, derecho familiar, de propiedad, sentido «político» de pertenencia, con una incipiente división del trabajo y los correspondientes conflictos de desigualdad económica y social...). Y son muchos los que dicen que esa transformación se llevó a cabo contando precisamente con el apoyo de una nueva fuerza que entonces se elaboró y se articuló socialmente: lo que más adelante sería la **tradición religiosa** identitaria de cada tribu –lo que luego será la «religión» de cada pueblo–, como un elemento de unificación y amalgama y control de la propia sociedad.

Los estudios más recientes del ADN confirman la presencia de la herencia genética de los pueblos «de las estepas» (del norte del mar Negro, del sur de Rusia actual), la cultura *yamna* (o *yamnaya*), también llamada de los pueblos *kur-gans*, que se expanden en tres grandes olas bien diferenciadas en el tiempo, en todas las direcciones, provocando grandes movimientos migratorios. Son pueblos que buscan tierras a conquistar para sus ganados, y que vienen con una mística muy elaborada, con un dios guerrero, conquistador, protector de su gente contra los demás pueblos, a los que les incita a someter. Un «dios a caballo» –como van ellos–, sobre el caballo que acaban de domesticar y que ha cambiado profundamente su mundo. Un dios espiritual, del segundo piso. Un dios masculino, antípoda espiritual de la Madre Tierra. Un dios que ha «elegido» a su pueblo y «lo llama a» dominar a sus vecinos, a conquistar violentamente las tierras que necesite, matando a sangre y fuego a quien se le oponga. Un dios «tribal» que ha hecho opción por su tribu, que siempre la protege, e incluso interviene a su favor en la guerra y en la conquista violenta²⁰.

Es por esta época cuando surgen por todo ese *continuum* religioso-cultural que constituye Europa oriental y el Próximo Oriente, los mitos de la «separación del cielo y de la tierra». Emerge una nueva configuración mental, una nueva concepción de la realidad, un nuevo paradigma profundo

²⁰ Karem ARMSTRONG, hablando del dios que sacó de Egipto a los israelitas, lo describe así: «Se trata de un Dios feroz, parcial y homicida: un Dios guerrero a quien llamarán Yahveh Sebaoth, Dios de los ejércitos. Es apasionadamente partidista; no siente compasión por nadie más que por sus propios favoritos; es simplemente una divinidad tribal». No era una revelación, ni una invención propia israelita esta manera de imaginar a Dios. Cfr. ARMSTRON, Karen, *Una historia de Dios. 4000 años de búsqueda en el judaísmo, el cristianismo y el islam*, Paidós Internacional 1995, 521 pp, aquí 44. Por cierto, al concentrarse este libro en los últimos 4000 años, se queda dentro de la caja teísta, renuncia a la luz imprescindible que arrojan los 2000 años anteriores, que vieron el origen, la aparición de theos.

que se extiende y se instala en la mentalidad de los pueblos vecinos. Se trata de un cambio de paradigma (del «protoparadigma» fundamental, en realidad), que marca una diferencia radical, un antes y un después: un «tiempo eje» no considerado hasta ahora, que deberíamos llamar «el tiempo axial del final del calcolítico».

La imagen mitológica emblemática de esa transformación antropológico-cultural es la de los mitos de «separación del cielo y de la tierra». Aparecen en Sumer y en Egipto. Presentemos aquí brevemente²¹, las transformaciones paradigmáticas fundamentales que conllevan y proponen estos mitos:

● La separación de cielo y tierra conlleva la **dualización del mundo**. A partir de ahora hay dos realidades, como «dos pisos», dos niveles, muy diferentes. Se acabó la unidad integral y la totalidad sagrada del «huevo cósmico», del útero sagrado materno, del *holos* o todo unido en el que hasta ahora había habitado la humanidad, durante decenas de miles de años. Y esta separación se introdujo de hecho con la aparición (¡primera vez!) del concepto arcaico de *theos*, el Señor poderoso del piso celestial. Siempre que en nuestra espiritualidad nos estamos refiriendo de alguna manera a un segundo piso, estamos mostrando nuestra estructura mental teísta -incluso aunque fuésemos ateos-.

● No se trata de una partición simétrica, sino **radicalmente desigual**. Son dos partes de naturaleza contrapuestas, dos mundos, contiguos pero infinitamente distantes en su naturaleza, la tierra y el cielo. Dos mundos opuestos axiológicamente. Siempre que nos expresamos en favor de la inalcanzable pureza o ‘santidad’ de las cosas de arriba, o de la innata maldad de las realidades de abajo, o de la purificación que

²¹ Remito al estudio *Humanos, Naturaleza Dios*, donde expongo más pormenorizadamente estos cambios, en josemariavigil.academia.edu

supondría alejarse de este mundo de la naturaleza, estamos siendo teístas.

● Son dos mundos, con una **profunda diferencia jerárquica**. El piso superior, no es superior sólo en posición, sino en valor y en su propio ser, en grado superlativo, tanto axiológica como ónticamente. Sólo el ser divino ES; los demás seres no son, sino que «on mantenidos en el ser» graciosa y misericordiosamente por el Ser Supremo. Sin ninguna «autonomía», absolutamente «heterónomos»²². Mantenidos en el ser por el Ser Supremo, sometidos a su arcano designio. En realidad, se puede decir que ser, Ser, lo que se dice SER, sólo lo ES el SER Supremo. Lo demás no ES, sino que sólo pende del Ser Supremo. Lo cual, en rigor, no debíamos llamarlo dualismo, sino «dualismo monista»; un dualismo aparente, que en realidad es monopolar, un monismo del Ser.

● El piso inferior es éste en el que nos hemos movido los humanos desde el alba de nuestros tiempos, pero que ahora –como si nos quitáramos una venda de los ojos– pasamos a mirar como un mundo meramente material, hecho de **materia** (la ganga de la realidad), inferior en todo el sentido de la palabra, «**pro-fano**» (por primera vez aparece esta categoría de pensamiento, y aparece porque, simultáneamente, por primera vez es ubicado lo sagrado; antes todo era sagrado, nada ubicaba la sacralidad). Siempre que para experimentar lo sagrado necesitamos recluirnos en un recinto sagrado construido, no natural; siempre que la naturaleza nos parece neutra, profana, religiosamente irrelevante... seguimos siendo deudores de aquella desacralización y profanización que el teísmo realizó sobre la realidad cósmica, para concentrar toda la sacralidad en el Ente Supremo del mundo sobrenatural superior.

²² Esta dimensión de la «heteronomía» será uno de los ejes fundamentales de la rebelión de la Modernidad, en los siglos XVII-XVIII. También es el hilo conductor del libro de Roger LENAERS, *Otro cristianismo es posible. Fe en lenguaje de modernidad*, col. Tiempo Axial nº 10, Abyayala, Quito 2008, 244pp.

● El segundo piso, recién pensado, ha surgido como la morada para un inquilino principal, el Ente supremo, **theos**, que –por primera vez aparece ahora esta categoría– es «espiritual», es decir, no-material, in-material, «in-visible», espíritu puro, no natural, sobre-natural. Además, es supremamente inteligente, todopoderoso, todo lo crea con el simple pensamiento, y lo llama a la existencia mediante su palabra creadora. Con la rapidez e inmediatez de su voluntad cura, castiga, interviene en cualquier parte del mundo. Siempre que, en nuestra espiritualidad, sobre todo en nuestra oración, estamos pensando en el favor, la ayuda urgente, la protección preventiva, la mano de ayuda superior, o la necesidad de ofrecer sacrificios y presentar ofrendas y oraciones «para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia», estamos en el esquema teísta.

● En esta nueva visión de la realidad cósmica el ser humano no acabará malparado del todo. Como es él mismo quien está elaborando esta nueva cosmovisión escindida, acabará por auto-atribuirse una participación en el segundo piso. Es cierto que está en este mundo de la materia y de la carne, profana y pecaminosa, pero el ser humano no quiere reconocerse simplemente como naturaleza: él **participa de la naturaleza de theos...** Él mismo queda dualizado: mitad natural, mitad sobrenatural; mitad material terrenal, mitad espiritual divino. Acabará pensando que él no es verdaderamente terrestre, sino esencialmente sobrenatural. Sustantivamente, él es –más que su cuerpo– su propia «alma» (a imagen y semejanza de dios), y por tanto es ciudadano del cielo, extranjero en este mundo, en estado de peregrino, que no debe apegarse a este mundo, sino mirar siempre a la patria celestial divina, a las cosas de arriba... Acabará pensando que lo más esencial en sí mismo, no es su naturalidad, sino su sobrenaturalidad: como dice una frase indemostradamente atribuida a Teilhard de Chardin: «No somos seres materiales viviendo una experiencia espiritual, sino seres espirituales viviendo una experiencia material»²³.

²³ Véase: eatwot.academia.edu/JoséMaríaVIGIL/Modernidad-sin-2-pisos

● Este cambio de estatus, de posición dentro del paradigma cosmovisional trae una consecuencia grave: el ser humano deja de sentirse natural: **ya no es Naturaleza, sino sobre-naturaleza**. Es verdad que ‘carga’ un cuerpo material-carnal, pero ahora considera que su verdadero yo es un alma espiritual, y que de ella es de lo que verdaderamente tiene que cuidarse. El ser humano ya no se siente natural, no ve ya la Naturaleza como su Matria, como el seno materno que lo engendró, sino como un cosmos profano, material, carnal, tentador... que él desprecia (*contemptus mundi*), del que desearía librarse (*fuga mundi*). Acabamos de cortar las raíces que nos unían a la naturaleza²⁴.

● Y más: porque participa ahora del carácter sobrenatural de Dios –por su alma espiritual–, el ser humano no sólo no se siente parte de la naturaleza, sino separado de ella, **por encima de ella, y dueño de ella**. «Dominad la tierra», dirá luego la Biblia que les dijo Dios. El teísmo pone a la naturaleza a los pies del ser humano. Éste llegará a considerarla como una «naturaleza femenina a la que hay que dominar y violentar para extraerle sus frutos y sus secretos» (Francis Bacon). Así, de aquella Realidad circular del huevo cósmico o seno materno de los tiempos pre-teístas, el teísmo ha reconfigurado la Realidad haciéndola ahora «triangular» (nuevo paradigma antro-po-teo-cósmico²⁵): theos arriba, abajo la naturaleza a un lado, y en el otro vértice, opuesto a la naturaleza, el ser humano, un tanto elevado hacia Theos. Se ha consumado la frag-

²⁴ «El mundo no es problema que está ahí afuera, para resolver; es un ser vivo, al cual pertenecemos. El mundo forma parte de nuestro ser, y nosotros formamos parte de su integralidad sufriente. Hasta que vayamos a la raíz de nuestra imagen de separación, no podrá haber curación. Y la parte más profunda de nuestra separación de la Naturaleza reside en el olvido de su identidad sagrada, que es también nuestra propia naturaleza sagrada» (VAUGHAN-LEE 2017: 25-26).

²⁵ VIGIL, *Naturaleza, Humanos, Dios*, ibid.

mentación del cosmos, la defenestración de la naturaleza de su condición sagrada, la separación del ser humano respecto de la naturaleza, y su consiguiente entronización como dueño y señor de la misma. Éste es el gran drama de la escisión antiecológica de la cosmovisión humana, propiciada por la aparición de theos. Es también sin duda la razón de la orientación antiecológica de las civilizaciones inspiradas por religiones y espiritualidades teístas –y monoteístas, *a fortiori*–.

● El theos que ha aparecido en el segundo piso es –por primera vez en nuestra historia espiritual–, **masculino**. La femenina Maternidad sagrada de la Realidad, desapareció. Los valores «masculinos» de la fuerza, el poder, la imposición, la suprema racionalidad, la dominación de la naturaleza (asociada a lo femenino)... son los valores principales del recién aparecido theos. El varón pasa a ser considerado privilegiadamente como «imagen y semejanza de Dios», digno de representarlo, de manejar y administrar las cosas sagradas, mientras la mujer es considerada incapaz de ello, como por impura, menos inteligente, voluble e imprevisible como la naturaleza y la carne... Siempre que nuestro corazón espiritual siente que lo masculino está más cerca de lo sagrado, y que la mujer no es tan digna, arrastramos todavía las consecuencias de aquel vuelco radical del cambio de paradigma de género que se dio precisamente con el advenimiento del modelo theos, al final del Calcolítico.

● Theos es, además, **Señor, Todopoderoso; Kyrios** se le llamará después. Exigencia principal suya es mantener su honor y gloria en máximos (el lema *ad maiorem Dei gloriam*, expresa perfectamente la esencia de la relación que Él desea de parte del ser humano). Theos pide sumisión, postración, adoración. Las religiones han puesto al ser humano de rodillas: la sumisión total es ahora la nueva esencia de la religiosidad teísta. Esta concepción, de un theos que compite con la humanidad por principio, es inaceptable para la modernidad consciente de los derechos y la dignidad del ser humano.

Siempre que insistimos en la sumisión, por ejemplo en la «fe ciega» ante los dogmas decididos por la institución religiosa auto-erigida en representante de theos, siempre que hacemos de la religiosidad sometimiento, arrastramos genes teístas.

● Siempre que en nuestra intimidad espiritual estamos pensando en, dirigiéndonos a, suponiendo un Tú Supremo, un Alter, un Otro supremo... siempre que se da esta **alteridad** entre yo, o nosotros, y ese Alter Supremo, estamos en el esquema teísta. Sólo superamos el teísmo cuando vamos descubriendo y haciendo nuestra la convicción de que la sacralidad, la divinidad no está fuera, no es alter, no está expatriada de este mundo en un piso superior, sino en éste mismo ¡y único! piso, en la Realidad misma, o sea, cuando no hay un Tú sagrado supremo, cuando en lo sagrado no hay alteridad para con nosotros ni para con el mundo, cuando la sacralidad nos abarca y nos impregna de tal modo, que Todo es, somos, sagrados. Cuando la sacralidad es tan íntima y profunda en la Realidad, que no puedo considerarla en alteridad, en segunda persona siquiera, sino en identidad, en identificación, cuando sólo puedo decir: Tú eres Esto mismo²⁶, y yo también. La alteridad de la sacralidad es un rasgo esencial de theos.

Es importante caer en la cuenta del profundo cambio de coordenadas, del cambio de paradigma, con el que la humanidad transforma, en el curso de relativamente poco tiempo, su visión de la realidad, con la irrupción del modelo theos. No obstante, no sobra recordar, aunque sea de pasada, que todo esto es una simplificación, porque estamos elaborando en esquema una figura eurística, un modelo, que no deja de ser una abstracción... En la realidad concreta todo es mucho más complejo, porque coexiste y se inter-relaciona con otras muchas dimensiones: el *animismo* (y *chamanismo*) anterior,

²⁶ Al modo de Nisagardatta: «Yo soy eso», *I'm that*, Acorn Press, North Carolina 1973.

que persiste y no tiene nada que ver con theos; la influencia y penetración de las *religiones orientales*, tan diferentes paradigmáticamente; la corriente singular de las *religiones de los misterios*, que ponen su acento menos en theos y más en la experiencia espiritual; la atracción irresistible de la *magia*, la *mántica*, las *supersticiones*, etc.

A partir de esa transformación, las coordenadas han variado:

- ya no vive la humanidad en un huevo cósmico, en un todo (*holos*) indiviso y sagrado, sino en dos pisos. Se ha dualizado y escindido el mundo.

- La materia, la profanidad, lo femenino, quedan en el nivel inferior, en el inframundo, como el rincón al que son ahora relegados. El desprecio de la materia, de la carne y de lo femenino, la huida del mundo, la obsesión por una salvación celestial pos-terrenal, tienen entrada plena y carta de ciudadanía en la nueva cosmovisión.

- y el espíritu, lo espiritual, lo sobre-natural, lo no terrenal ni natural, que es a la vez lo más inteligente, y la fuente de todo poder, emigran a su hogar propio, al mundo de arriba, el cielo empíreo donde reina Dios, masculino por cierto. El espiritualismo, el patriarcalismo, la pureza, la huida respecto del mundo, de la materia, de la carne... y la infravaloración y la sumisión de la mujer son consecuencias lógicas que brotan de las entrañas de la nueva cosmovisión.

Este dualismo lo invadió todo: no sólo la *cosmología* (cielo y tierra), sino la *ontología* (el Ser a se, y el ser meramente por participación concedida, heterónoma y contingente), la *antropología* (un cuerpo meramente material y carnal, y un alma espiritual y sede de la inteligencia), y la visión global *soteriológica* de la realidad (este mundo terrestre natural, pecaminoso y perecedero, y el cielo, el otro mundo espiritual, divino, la patria definitiva hacia la que peregrinamos, protegiéndonos de este mundo terrestre y traidor del que nos esforzamos por huir).

Éste es el nuevo marco cosmovisional del ser humano al final de este tal vez «primer tiempo axial» que la humanidad ha vivido, que, a lo que nos parece, es mucho más radical que el que Karl Jaspers indicó, que acontecería varios milenios después. Durante decenas de milenios alimentamos y elaboramos pacientemente aquella nuestra «noosfera» (llamándola así *avant la lettre*).

Y atención: si hay en esta transformación cosmovisional una pieza central, ésta es la de Dios, el Júpiter tonante del segundo piso. Dios funge ahí como la referencia absoluta que sostiene y sujeta todo el edificio, como la piedra-clave que sujeta la bóveda. Toda esa arquitectura de percepción y de pensamiento, postula la presencia de un inquilino supremo que la habita y le da sentido. Y viceversa: si se reconoce un Espíritu supremamente inteligente, poderoso y único, es imposible no acomodar nuestra cabeza a esa nueva arquitectura paradigmática dualista y monista que implica, a la que nos acabamos de referir.

Por esto es por lo que la cuestión de dios –*theos* lo llamarán más tarde los griegos, que heredaron el concepto– no es «una» cuestión local, concreta, delimitada... por muy importante que fuera, sino «la» cuestión, la piedra clave que sujeta la bóveda, y el centro que, si se activa, recoloca necesariamente con su magnetismo todo lo demás, poniéndolo a su servicio. El teísmo no es «una» cuestión teológica... es cuestión central. Porque *theos* equivale a centro. «Teísmo o no teísmo», equivale a «Realidad considerada centrada o sin centro», lo cual es una alternativa capital.

«Dios es la metáfora central de la visión del mundo en Occidente» (McFAGUE 1987: 77). Y las palabras famosas de Martin Buber: «La palabra 'Dios' es la más cargada de todas las palabras humanas»²⁷.

²⁷ M. BUBER, *Gottesfinsternis*, in *Werke*, I, München 1962, 509.

A partir de este momento histórico (lamentablemente pre-histórico más bien), se abre una etapa de la historia de la humanidad caracterizada por ser una aventura interminable «a vueltas con dios»²⁸.

Post-calcolítico

Traspasado el umbral de esta radical transformación, las exigencias y necesidades de la autoconciencia del ser humano se adentran en otras coordenadas sobre las que desplegar y echar a volar su creatividad: un escenario enteramente nuevo (a causa de un paradigma básico, o protoparadigma, radicalmente nuevo). Ahora, los «seres espirituales» –no naturales, sobrenaturales, antimundanos en principio– proliferan en la noosfera particular de cada pueblo, de cada cultura, aun sin dejar de desarrollarse dentro de unos patrones comunes en muy amplias zonas geográfico-culturales. Desde finales del pasado siglo XX es voz común entre los antropólogos, paleontólogos y arqueólogos que, por ejemplo, toda la zona de Europa y el Próximo Oriente, forman un continuum religioso-cultural, que hace que sus elaboraciones religiosas, sus textos, sus Escrituras, sus ritos, sus divinidades... pertenezcan a un universo religioso común²⁹. Muchas divinidades son comunes

²⁸ ZAHRT, Heinz, *A vueltas con Dios. La teología protestante en el siglo XX*. Ed. Hechos y Dichos, Zaragoza 1972.

²⁹ Otros paralelos se pueden rastrear en diversos ámbitos, en especial en la religión. La investigación bíblica actual, sobre todo a partir de la década de los [19]70 —tras haberse considerado a la religión de Israel durante siglos como fundamentalmente distinta a las demás religiones por tratarse de una Revelación divina—, tiende a reconocer de manera prácticamente unánime que no es posible un estudio en profundidad de dicha religión sin atender al marco cultural en el que se inserta, es decir, al ámbito de las culturas del Oriente Medio Antiguo en sentido amplio, incluyendo Anatolia. En especial, se hace cada vez más evidente el surgimiento relativamente tardío del monoteísmo en el antiguo Israel, que se habría desarrollado paulatinamente en un contexto semítico noroccidental y gracias a decisivos impulsos de las religiones del entorno. GARCÍA TRABAZO, José Virgilio, *Textos religiosos hititas. Mitos, plegarias y rituales*. Trotta, Madrid 2002, p. 46.

a la mayor parte de los pueblos, con características semejantes en cada uno de ellos y hasta con los mismos nombres; muchas divinidades se mezclan, y se «contaminan» mutuamente asumiendo y compartiendo las características de las divinidades vecinas. Es un proceso que hoy conocemos con evidencias datadas³⁰.

La ebullición que se da en este tiempo en la autoconciencia humana, sus nostalgias profundas e indefinibles, sus preguntas existenciales, sus búsquedas más sinceras y sin respuesta... todo se expresa en sus exuberantes creaciones religiosas. Proliferan los dioses (Del OLMO 2002) por toda esta región que escogemos como caso de estudio. Ya en la «aurora de la historia» –que se ha dicho que habría comenzado en Sumer–, en esa Mesopotamia escenario por donde comienzan a surgir y a pasar los primeros imperios y civilizaciones, vemos surgir millares de dioses y diosas, y tenemos registrados sus nombres, sus llamativas «personalidades», los ritos con los que se les cultuaba, los textos sagrados de los sacrificios que se les ofrecía, y las «Escrituras» que esos dioses revelaron a sus pueblos. Somos la humanidad que, a la altura de nuestra generación, disfruta el privilegio inimaginable de haber podido «volver hacia atrás», sobre nuestros pasos, volver la mirada a nuestro pasado, que fue totalmente olvidado y ha permanecido desconocido durante miles de años, y que hemos ido recuperando y re-conociendo con bastante claridad. Hemos descubierto y recompuesto un gran conjunto de idiomas de aquel tiempo (perdidos, desaparecidos); hemos desenterrado decenas de miles de documentos, tablillas de arcilla³¹ sobre todo, bibliotecas enteras³² a veces, archivos de palacios reales,

³⁰ *Ibíd.*, p. 35.

³¹ Edward CHIERA, *They Wrote On Clay. The Babilonian tablets speak today*. University Chicago Press, Chicago & London 1966, original of 1938.

³² Del OLMO, Gregorio, *Les Bibliothèques de L'Antiquité, de la Chrétienté et du Judaïsme*, in «*Studia Monástica*» vol 49/2 (2007) 377-401.

archivos diplomáticos estatales³³, «abecedarios» incluso³⁴ para facilitarnos la tarea... y los hemos estudiado (y continuamos haciéndolo), sacando a la luz nuestro propio pasado, recuperando nuestra propia historia, descubriendo a veces que un rito o texto que creíamos muy «nuestro», de nuestra tradición más particular, pertenece a otra familia, tiene otro origen, o quizá ha sido simplemente inspirado en otra fuente anterior, o, simplemente, ha sido copiado y trasladado. La religiosidad de los pueblos que nos precedieron –de los que descendemos– no solamente es un *continuum* –como ya hemos dicho– sino que es un mismo *filum* religioso humano, una misma noosfera espiritual en la que todo está en comunicación con casi todo, donde todo se encuentra, se enlaza, se inter-fecunda mutuamente, donde todo reacciona con todo y posibilita una mayor fermentación, de la mayor creatividad religiosa imaginable.

Limitaciones y errores

También conocemos las limitaciones de esta religiosidad desbocada y entusiasta. Conocemos qué capacidades eurísticas tenían aquellos pueblos (y otras que no tenían), sus artes incipientes de razonamiento, el rigor y/o falta de rigor de sus concepciones y argumentaciones, el papel fundamental de la creatividad, el sentido imaginativo supremamente narrativo... de las «intuiciones» religiosas de aquellos pueblos, nuestros ancestros en la religiosidad, de cuyas intuiciones y creaciones constatamos hoy vestigios en nuestra religiosidad (e incluso irreligiosidad).

Conocemos hoy el mecanismo epistemológico inconsciente que la noosfera humana tiene para ejercer su control

³³ Tel El Amarna, en Egipto. MORAN, William, *The Amarna Letters*, Johns Hopkins University, 1992 (original de 1987, *Les Lettres de El'Amarna*, Cerf, Paris 1987), 441 pp.

³⁴ En Ugarit, por ejemplo, YON, Marguerite, *The City of UGARIT at Tell Ras Shamra*. Eisenbrauns 2006, cap. 3, p. 123ss.

sobre el grupo social que la comparte, consistente en la atribución a dios de nuestras propias creaciones. Ya Hamurabi se hizo representar en la parte superior de la estela de su Código, en actitud de recibirlo de manos de la Divinidad... De Moisés no se nos dice que «escribiera» los Diez Mandamientos, sino que los recibió milagrosamente escritos sobre las dos tablas de piedra... En todas las religiones, en todas las sociedades, constatamos el mismo procedimiento: son los dioses creados por nosotros mismos quienes nos dictan el mensaje que nosotros ponemos en su boca. Es un mecanismo socio-religioso conocido en la antropología cultural: la atribución a dios es la manera (en aquel tiempo) de sellar, de revestir de autoridad, de «absolutizar» por tanto, incluso las normas de conducta que establecemos para nuestra sociedad. No es una característica de alguna religión: es un mecanismo social del universal de las religiones. Y algo muy lógico, aunque hasta recientemente nos haya pasado casi desapercibido.

Hoy, cuando ya hemos perdido aquella inocencia, ingenuidad o credulidad religiosa, merced a la cual cada poco tiempo los sacerdotes nos leían nuevas «palabras de Dios», no podemos menos de leer con benevolencia comprensiva aquel lenguaje autoritario, absoluto, indubitable, dogmático y cuasi-apodíctico de la mayor parte las Escrituras religiosas de los pueblos. Es una limitación a la que no podemos cerrar los ojos hoy.

Y conocemos también todo un «reverso de la historia» de la religiosidad. Junto a las increíbles alturas y cimas sublimes de intuición religiosa, conocemos también la inmensa presencia de prácticas que hoy nos parecen no sólo incomprensibles, sino absurdas e inaceptables: las prácticas mágicas, la mántica, la fácil credulidad para reconocer la presencia de prodigios divinos por cualquier parte, los oráculos divinos fácilmente a disposición pública, las curaciones a demanda religiosa, la adi-

vinación, la extispición³⁵, la hepatoscopia, la lecanomancia, la astrología, la interpretación revelatoria de los sueños³⁶... Y sabemos que las condiciones epistemológicas de los grupos humanos que son capaces de realizar con fervor estas prácticas mánticas milenarias, son las mismas que cuando practican la reflexión religiosa, la oración a la divinidad, sus invocaciones y su acatamiento moral...

Eso, todo esto, está ahí. Lo muestra, lo evidencia y lo atestigua la arqueología, tanto física como cognitiva. Venimos de ahí, de todo ello. Aunque lo ignoráramos, aunque lo sigamos ignorando, aunque no nos guste saberlo ni mirarlo. Pero sólo teniéndolo en cuenta y partiendo una y otra vez de esta cura de humildad, es como podremos reflexionar a la altura de las exigencias de este momento de la historia. Una reflexión grandilocuente que hable de «dios» ignorando olímpicamente todas estas perspectivas realistas, no va ya a ser escuchada por la sociedad de conocimiento actual.

¿Pero Grecia, e Israel...?

Occidente, o la cultura occidental, lleva 25/20 siglos caminando bajo la sombra de la herencia greco-cristiana. Y porque el cristianismo lleva en su seno al judaísmo, por eso también la herencia religiosa de Occidente lleva la herencia de Israel. Todos hemos sido formados en la idea de que el mundo del pensamiento comenzó de hecho con Grecia, y que la «verdadera religiosidad» comenzó con Israel. El cristianismo era el alma de Occidente, y Grecia e Israel serían sus raíces, y el comienzo de Occidente. Todavía hoy, es difícil encontrar entre

³⁵ La extispición: examen de las vísceras de los animales sacrificados para «leer» en ellas la revelación de la voluntad de los dioses, es una práctica profusamente practicada por los pueblos de la región, no sólo a nivel popular sino con toda solemnidad oficial a nivel real o estatal.

³⁶ Mircea ELÍADE, *Historia de las creencias religiosas*, vol. 1, Paidós, México 1978, p. 120-121.

nosotros libros que no partan de este supuesto: la filosofía, el pensamiento maduro de la humanidad, habría comenzado con los pensadores griegos, con Grecia, no antes; y la religiosidad madura y verdadera, habría comenzado con Israel, y no antes ni fuera de Israel. Todo lo anterior, en un campo y en otro, no habría sido sino sólo prolegómenos, tentativas, acercamientos, ensayos... nada digno de recuerdo una vez que llegaron las figuras plenas de Grecia e Israel, en la primera mitad del milenio primero a.e.c. Pero la realidad hoy sabemos que no es ésa. Olvidémoslo y remontémonos tres milenios atrás³⁷.

Hemos dicho que al final del Calcolítico cuando comenzó a propagarse el nuevo «protoparadigma antro-po-teo-cósmico» que acabamos de exponer, por causa –hemos dicho– de la profunda transformación producida por la revolución agraria, y por la nueva cosmovisión religiosa traída por las tres oleadas de invasiones kurgans³⁸. Pues bien, esta nueva cosmovisión fue impuesta a fuego y a caballo, se extendió ampliamente, y se implantó tan profundamente que, de hecho, erradicó totalmente la cosmovisión anterior. No quedó rastro de aquella anterior visión holística de la Naturaleza como útero materno sagrado: la naturaleza –como hemos dicho– quedó despojada de su carácter sagrado; la mujer quedó degradada de la consideración y los roles de que había disfrutado anteriormente en aquel mundo holístico-matrístico desaparecido; todas las mentes y subjetividades giraron su mirada hacia lo alto, hacia el cielo, una tierra nueva, celeste, donde habita el nuevo inquilino y centro de la Realidad, Theos.

³⁷ Cfr *Humanos, Naturaleza, Dios, 2.0. Renovar el paradigma central de nuestra cosmovisión*. Ibid.

³⁸ Entre los kurgans, fueron concretamente los dorios quienes llegaron a Grecia, y las paralelas invasiones semíticas venidas desde Arabia llegaron a Canaán, que los especialistas relacionan con el mundo bíblico del sur de Israel. La primera ola sería de los años 4300-4200 aec; la segunda hacia el 3400-3200, y la tercera en torno al 3000-2800 aec. Cfr EISLER: 1991, 50-51.

Entiéndase bien: Israel y Grecia aparecen ya plenamente dentro de este ambiente post-calcolítico con una separación del cielo y la tierra plenamente instalado, estabilizado y ratificado. Se había perdido enteramente, varios milenios antes, la memoria del pasado de convivencia unificada en la placenta nutricia del «huevo cósmico» de la época paleolítica. No había quedado ni rastro en la memoria, por lo que no hubo un punto siquiera sobre el que apoyarse para hacer una comparación. Lo que Israel y Grecia respiraron espiritualmente era lo único que se tenía a mano: el reciente nuevo «protoparadigma antro-po-teocósmico» post-calcolítico, que ellos creyeron que era el primero, el original, el «de siempre», eterno, y único.

Israel y Grecia nacen pues dentro plenamente de este nuevo protoparadigma dualista, fragmentado, y asentadamente centrado en el dios del Cielo, el dios (a-natural, sobre-natural, in-material, masculino, supremamente inteligente, creador por la palabra...) del segundo piso. No tuvieron otro horizonte. Y, efectivamente, no dieron ninguna señal de duda, de vacilación, de examen crítico hacia este protoparadigma. Les pareció obvio. Ni siquiera lo concientizaron como tal, como paradigma, como modelo, uno entre otros posibles –lo obvio, lo axiomático, ni se menta, no es posible debatir sobre ello, con frecuencia ni siquiera se percibe–. Grecia e Israel no fueron capaces de «sacar la cabeza fuera de esa caja» cognitiva epistemológica paradigmática en la que nacieron. Muy por el contrario: Grecia la hizo suya y llevó a su culmen la idea de dios: elaboró el concepto de *theos* que había recibido y lo perfeccionó –incluso, en la llamada «Ilustración griega», la sometió a crítica despiadada–. E Israel, por su parte, no sólo no sólo no superó la idea de *theos*, ni atisbó la memoria pre-calcolítica que tampoco estaba a su alcance, sino que pulió y extralimitó su teísmo hasta convertirlo en uno de los monoteísmos más emblemáticos de toda la historia de las religiones.

El biblista Tomas Römer, echando mano de los hallazgos científicos de la llamada Nueva Arqueología³⁹, con la ayuda interdisciplinar de otras ciencias lo más ampliamente posible, se ha expresado contundentemente en su libro, titulado «La invención de Dios». Y defiende el atrevimiento de tal título, explicando que, ciertamente, no fueron unos beduinos, que, en un oasis, se hubieran reunido en alguna ocasión para inventarse un dios a su conveniencia, pero que sí ciertamente fue en un proceso largo, muy elaborado, subconsciente en buena parte, histórico y con los condicionamientos propios del momento, como se «fueron construyendo» el dios de Israel y los demás dioses, con un itinerario difícil de reconstruir, pero cuyos rasgos fundamentales ya podemos dar por conocidos y reconocidos hoy. Y su significado también⁴⁰ nos parece conocido.

Dentro concretamente de la tradición cristiana, tenemos dificultades supremas, casi insuperables, para percibir todo esto –y mucho más para digerirlo y reconocerlo–. Primero, porque estos descubrimientos, este «desenterramiento» del pasado (su pasado, que es nuestro pasado), son hallazgos bien recientes. Todavía, en estos años, la mayor parte de los teólogos y clérigos no han tenido noticia, y en muchos seminarios no se estudian estos temas. Muchos de los biblistas y «arqueólogos bíblicos» de edad mayor, al conocer el tema reaccionan con un rechazo visceral: no pueden aceptar el cambio de cosmovisión que comporta. Incluso buena parte de la teología de

³⁹ No la clásica «arqueología bíblica», que por ser «bíblica» –en el sentido en que lo era–, no puede ser científica.

⁴⁰ Me impresionó especialmente la conclusión de Römer sobre el significado del nombre de Yahweh. Después de toda una vida oyendo las más diferentes teologías sobre el abismo de sabiduría que encerraría esa forma verbal –que en realidad nadie sabe cómo se podría traducir–, este especialista del máximo nivel concluye sin temor que es preciso desinflar la atención prestada a dicho nombre. RÖMER, Th., *L'invention de Dieu*, Seuil, Paris 2014.

la liberación, supuestamente ya crítica e ilustrada (hija de la ¡segunda ilustración!) tiene dificultades con el tema.

Nuestro «relato» histórico-religioso-teológico tradicional milenario, está cerrado a cualquier posibilidad de cambio de protoparadigma, y, sobre todo, da por descontado que lo que hemos heredado es totalmente seguro, indubitable, absoluto. Y además es «revelación». A este respecto hay que notar que, cuando pensamos que el concepto de «dios» no se puede tocar, «por ser revelación», seguimos bajo los efectos del blindaje citado del que las culturas de todos aquellos tiempos echaron mano para perpetuar el teísmo: atribuirlo a Dios, considerarlo revelado. Luego se vería reforzado por los filósofos griegos, asumido gratuitamente por el cristianismo helenizado y finalmente refrendado por el aparato imperial de Constantino cuando decidió configurar una Iglesia y una teología (Nicea, Calcedonia...) que le pudiera servir como religión oficial del Estado, en sustitución de la decadente *religio romana*.

La epistemología actual y nuestras «evidencias»

Llevamos quizá 6000 años, desde finales de la edad del cobre, con este proto-paradigma antro-po-teo-cósmico, dualista-teocéntrico, que venimos analizando. Como paradigma que es, diríamos que está formado por la articulación de varios axiomas (división de la realidad, asimetría radical de tal división, jerarquización de las partes, heteronomía radical de la realidad visible, teísmo de suprema inteligencia y espiritualidad de la realidad «invisible», piso superior masculino y supremamente inteligente... lo ya dicho). Estos varios axiomas, decimos, combinados, forman el protoparadigma, que no deja de ser un conjunto «axio-mático», es decir: (aparentemente) «evidente».

Pues bien, la epistemología actual está de vuelta de aquella suposición de que los axiomas eran evidentes, y los postulados serían meramente «convenciones» sociales, decisiones

humanas que «postulamos» dar por aceptadas sin demostración, aunque la necesiten. En realidad –dice la epistemología actual– quizá no existen las evidencias. Nada es evidente. Somos nosotros los que dictamos qué es evidente; en el fondo, pre-conscientemente, y sin darnos cuenta, decidimos qué es lo que nos conviene que sea reconocido como evidente, qué es lo que convenimos (postulamos) que para nosotros va a ser evidente. En definitiva: los axiomas –dice la epistemología actual– en realidad son «postulados».

Apliquémoslo al caso. El protoparadigma teísta, teocéntrico, dualista, post-calcolítico –que de cualquiera de estas formas podría ser llamado como por alguno de sus varios «propios»– arraigó de tal modo en la cultura posterior al calcolítico, que, de la edad de Hierro en adelante, no quedó rastro de que «otro modelo había sido posible», el protoparadigma anterior. Nadie pudo pensarlo. Grecia, ¡Greacia!, no pudo, o no supo. Pero tampoco la Biblia. Y tampoco Jesús de Nazaret. Quedaron todos «con la cabeza dentro de la caja», encerrados en la supuesta «evidencia» axiomática del tal protoparadigma que pensaban subconscientemente que era el original, el primero, el único posible, que ni merecía la pena cuestionar, el eterno... sacralizado durante tres milenios, absolutamente desconocidos para ellos. No pudo ser de otra manera.

Tampoco Platón, quien se identificó con este protoparadigma tan profundamente que hasta lo recreó, en una forma tan genial y bella, que lo grabaría a fuego en el alma occidental, para más de 25 siglos, hasta hoy, cuando todavía está vigente en la mayor parte de la mentalidad popular occidental. Toda la filosofía occidental quedó marcada a fuego y prendida del protoparadigma pos-calcolítico, pasado ahora por las bellas formas de que lo revistió Platón. Por su parte, el cristianismo naciente cayó de bruces ante él, admirando rendidamente el platonismo y sus reediciones y reviviscencias posteriores (los neoplatonismos varios). Tanto que, ya en el siglo XIX, Nietzsche dirá que el cristianismo ha sido «platonis-

mo para las masas»... y en el XX Whitehead dirá que la historia del pensamiento occidental se reduce a «notas a pie de página para Platón» (CUPITT: 1997, 62). Descartes repetirá, 2000 años ya después de Platón y Aristóteles, que hay sólo dos clases de cosas: la *res cogitans* y la *res extensa*. El credo de Calcedonia ya lo había recogido antes: creador... «de todo lo visible y lo invisible», las dos clases de cosas, las de los dos pisos, la realidad rasgada de arriba abajo, lo material y lo espiritual. Roger Lenaers, que hace sólo unos años publicó su rompedor libro *Otro cristianismo es posible*⁴¹, se queda pensativo, como musitando admirado: «Parece que hubiera algo en la naturaleza humana, o en su subconsciente, que postule la necesidad de ese segundo piso superior; de otra manera –dice él– no se explica la profunda necesidad que la religiosidad popular evidencia respecto a ese constructo humano de los dos pisos»⁴².

La contribución de Aristóteles fue diferente a la de Platón⁴³, y de menor importancia. Instalado de lleno en el mismo protoparadigma, tampoco Aristóteles alcanzó a captar su contingencia, la posibilidad de que hubiera otra forma de pensar la realidad. Más bien lo reforzó filosóficamente con el principio de la teleología, el axioma de que todo cuanto ocurre está encaminado a cierto fin, y de que todo el cosmos es el resultado de un plan previo establecido por la Suprema Inteligencia... de un segundo piso... no sólo celeste sino metafísico, óntico...

⁴¹ En muchas comunidades populares que han estudiado ese libro en España, lo llaman «el libro de los dos pisos», el libro que hace abrir nuestros ojos para ver que estamos ante un mundo dividido en dos pisos.

⁴² Roger LENAERS, *Otro cristianismo es posible*, cfr *supra*.

⁴³ «La filosofía platónica creía en el éxtasis profético, en tanto que Aristóteles, con su espíritu científico, se mostraba muy desconfiado respecto de los diversos procedimientos de la mántica». Raymond BLOCH, *Los prodigios en la Antigüedad clásica*. Paidós, Buenos Aires, 1963, p. 21.

Las religiones formales, que ya por esta época aparecen, nacen con este mismo protoparadigma en su mente colectiva y en la «revelación» que les proporcionan sus dioses. Las tres grandes religiones, admiradas ante la belleza de la filosofía platónico-aristotélica, la hicieron propia, la asumieron a su modo poco a poco, la creyeron «providencial» incluso, y combinaron a fondo los principios básicos de la filosofía de Aristóteles con su concepción religiosa del Universo, transformando así esos conceptos físicos y cosmológicos griegos en dogmas de fe. La doctrina física de Aristóteles fue aceptada como dogma durante sesenta generaciones. Ninguna otra figura de la historia de la ciencia, y muy pocas en todo el curso de la cultura humana, ejerció una influencia tan profunda y duradera sobre el pensamiento posterior⁴⁴. Todavía en el siglo XIX, la Iglesia Católica proclamaba a su hija, la filosofía neoescolástica, aristotélico-tomista, como «filosofía perenne»⁴⁵...

¿Y nosotros?

¿Y hoy? La Iglesia Católica por ejemplo, oficialmente, «no sabe/no contesta». Tampoco se lo plantea, ni admite que se lo planteen. Ni una sombra de duda –que sería obviamente una «duda de fe», contra la fe, y por tanto pecaminosa–. Todo para ella es teísta, y además omni-mono-teocéntrico. Desde el principio (*in nómine Patris...*) hasta el final, *in sécula seculorum*. Y eso, que estamos escribiendo/leyendo en 2021, más de cinco años después de la *Laudato Si'*, que a pesar de toda su valiente novedad, a nivel paradigmático se encuentra también sumida de lleno en la caja del protoparadigma poscalcolítico: Dios arriba, nosotros abajo, Él (con el masculino auestas) en un segundo piso celestial, supremamente inteligente, de donde surge el designio arcano de su Plan Eterno de

⁴⁴ S. SAMBURSKY, *El mundo físico de los griegos*, Alianza Editorial, Madrid 1990 (original de 1962), p. 104-105.

⁴⁵ LEÓN XIII, Encíclica *Aeterni Patris*, del 4 de agosto de 1879.

Salvación, y la Historia de Salvación y Redención en respuesta a la culpa del «hombre». En ese quinto aniversario he publicado una reflexión⁴⁶ sobre esta ubicación clara de la visión de la *Laudato Si'* dentro de la visión protoparadigmática pos-calcolítica y, en consecuencia, la distancia astronómica que nos separa de lo que la ciencia, y muchas mentes lúcidas con ella, están pidiendo para superar de ese protoparadigma, que no sólo parece ya obsoleto, sino dañino para nosotros y para el Planeta.

2020-2021 son también los años de la pandemia del covid. Todos hemos escuchado durante esta pandemia a teólogo-filósofos y a algunas teólogas-biblistas⁴⁷, elaborando consoladoras reflexiones teológicas sobre cómo Dios, aunque parecería impotente ante la pandemia, no lo es, porque es todopoderoso; pero que, misteriosamente, no actúa, precisamente porque respeta nuestra libertad, y no por ello es injusto, ni deja de ser bueno, aunque no nos libere como podría hacerlo... Es decir: para muchos profesionales de la teología, *theos* sigue reinando impertérrito en el cielo empíreo teológico pos-calcolítico, sin sombra de duda, sin el menor atisbo de cuestionamiento crítico. Todo sigue viéndose por el paradigma de los dos pisos, del *theos* espiritual todopoderoso superinteligente y misteriosamente providente, paradigma desde el cual todo se explica *teo-lógicamente*. (La única nota esencial que se le ha logrado extirpar al *Theos* clásico es la de su masculinidad original; ha sido un logro de última hora, bien reciente, que

⁴⁶ VIGIL, JM, «*Laudato Si': punto también de partida*». *Apuntes de meta-pastoral, para ir más allá de la Laudato Si'* [Paradigma oikocéntrico]. Y: «*Laudato Si': also starting point*». *Meta-pastoral notes, to go beyond Laudato Si'* [Oikocentric Paradigm]. En: <https://eatwot.academia.edu/JoséMaríaVIGIL/Ecocentrismo>

⁴⁷ Mientras el feminismo se quede dentro de la caja bíblica, será un feminismo a medio camino, incapaz de llegar a las raíces y de hablar con las mujeres (y hombres) de hoy, realmente modernas y posmodernas.

muestra que tampoco era una nota tan «esencial», y que también podrían dejar de serlo las otras notas, sin que se hundiera el mundo –aunque sí se hundiera el «cielo», el segundo piso–).

Más de cinco milenios, y no logramos salir de ahí. Más allá de estos comentarios teológicos coyunturales en torno a la pandemia, las teologías cristianas como conjunto y sus instituciones eclesiásticas, siguen dando por supuesto a *theos*, hasta hoy: podemos mirar cualquier texto que tengamos a mano, o que encontremos en internet, sobre teología; veremos que *theos* (es decir, el dualismo ontológico ‘monista’ jerárquico, la dualización de la realidad...) es el gran axioma, el gran «supuesto acrítico» e inconsciente de la teología occidental y de la religiosidad popular y la espiritualidad común –y, por supuesto la postura oficial institucional– hasta hoy. Es la «Gran Creencia»; y la Big History, es la gran ausente. Pero la actual sociedad moderna y del conocimiento viene para quedarse y no va a transigir con creencias y mitologías que se respisten a ser debidamente digeridas a pesar de sus cinco milenios.

Chequeo epistemológico: ¿qué estatuto⁴⁸ tiene el teísmo?

Tiene el mismo estatuto que el protoparadigma del que constituye su núcleo.

La «arqueología cognitiva» actual nos descubre el teísmo como una fase más –todavía en curso– de la evolución de nuestro desarrollo cognitivo. Una fase cuyo comienzo –sólo ahora mejor conocido, arqueológicamente, en los últimos sesenta años– es relativamente muy reciente, respecto a la historia global de nuestra especie. *Theos*, en todo caso, es una crea-

⁴⁸ No decimos estatuto «ontológico», porque estamos en una sociedad postmetafísica, e incurriríamos en contradicción; hoy podríamos decir, con ventaja, «estatuto de realidad».

ción humana –no una «aparición celestial», una «revelación», ni mucho menos una deducción científica–. Es una «creación cultural»⁴⁹ auto-elaborada *ad hoc*, para nosotros mismos, en una fase difícil de nuestra propia evolución. Y, como todo conocimiento humano, la nueva epistemología nos dice que no es sino una «modulación» que nuestro cerebro hace para comprender/representar la realidad. Nunca tenemos de ésta una visión segura, ni –menos aún– definitiva; pero no nos cerramos a la «esperanza» de que el desarrollo cognitivo humano, sin ser estrictamente lineal, sí sea ascendente, elevándose a posiciones cada vez más profundas, seguras y clarividentes. [Aquí el agnosticismo radical, y también numerosos partidarios de la «no dualidad»... que piensan que al Dharma o Brahman no se le puede conocer en absoluto, y que es una mera ilusión pensar que avanzamos en el conocimiento de la Realidad, por más que pase el tiempo y mejore nuestra sabiduría...].

El estatuto epistemológico del teísmo es el estatuto epistemológico del propio *theos*. Éste, como el teísmo, es un paso de nuestra evolución; hemos llegado a él en un determinado momento de nuestra evolución y, obviamente, llegará un momento en el que se nos quedará corto, y se volverá obsoleto. Todo parece indicar, como hemos dicho, que estamos en un nuevo tiempo axial, más profundo que el que indicó

⁴⁹ José Antonio MARINA lo llama con gracia benévola un «producto cultural», como la ciencia y la poesía, el cálculo infinitesimal o la geometría analítica. «Es una invención que a partir del mundo visible, intenta buscar la otra mitad del símbolo, de la moneda rota. Convierte al sol en un rey, narra la aparición de los mundos o las historias domésticas de los dioses o el enfrentamiento entre el Bien y el Mal, la guerra escatológica. En esa especie de poetización continua, en ese afán de transfigurar todas las cosas con un significado nuevo, rodea los acontecimientos más cotidianos con rituales que los salvan de su intranscendencia y los hacen trascendentes. Se inventa una poética de lo cotidiano, que subraya religiosamente los acontecimientos diarios, como si hubiésemos realizado la prosa de la vida con un rotulador fosforescente». *Dictamen sobre Dios*. Anagrama, Barcelona 2002, p. 21ss

Jaspers⁵⁰, y paralelo a aquel otro «primer tiempo axial del final del calcolítico». Descubrir/reconocer esto, puede ser una experiencia traumática, si no nos damos el tiempo y las pruebas necesarias, pero es inevitable afrontarlo, y no resulta insuperable. Buena parte de la sociedad del conocimiento y de la ciencia vienen adentrándose decididamente, y con serenidad, por este nuevo camino pos-teísta. Theos y el protoparadigma antro-po-teo-cósmico que comporta, ya no caben en la actual cosmovisión moderna. No se puede ser persona de hoy, es decir, persona «moderna», con una cabeza amueblada según la Modernidad, que se haya atrevido a pensar por sí misma, y que con su modernidad haya rechazado el protoparadigma que se fraguó hace más de 5.000 años, y querer seguir incluyendo en nuestra cosmovisión a Theos. Esto es en el fondo lo que ocurre en el fenómeno del ateísmo y del abandono masivo actual de las religiones en Occidente (la única zona geocultural con una penetración suficiente de la Modernidad).

Lo que está ocurriendo es, pues, ante todo –aunque, entre otras cosas– una transformación epistemológica. No es «el fin del mundo», pero sí el fin de un mundo. Está acabando el mundo tal como hemos venido pensándolo desde hace cinco milenios. Y no es que esté «muriendo Dios» (lo que tradicionalmente hemos entendido por Dios, o theos), ni que haya habido «Dios» o que esté dejando de haberlo (alguien *abí fuera, abí arriba*). No es algo realista, u ontológico lo que está ocurriendo, sino epistemológico. Es sobre todo una transformación epistemológica. Es el descubrimiento que estamos haciendo del estatuto epistemológico de *theos* (y de todo nuestro conocimiento, acabamos de referirnos a ello) y, en consecuencia, del carácter «no realista» de theos en el plano ontológico, y la toma de conciencia de las graves consecuencias que ambas cosas comportan en concreto en el patrimonio simbólico religioso de las religiones –teístas, pero también no teístas–. Refirámonos a ello más concretamente, veamos.

⁵⁰ Karl JASPERS, *op.cit.*

Hemos dicho que «los mitos de separación de cielo y tierra» llevaron a cabo en la cultura del momento el rasgamiento de la realidad cósmica, hasta entonces unida, unitaria, única, total (holística). Quedó confinada en el piso bajo la realidad material, natural (y con ella la realidad carnal y sexual); y ascendió al cielo, una realidad estrictamente espiritual, inmaterial, no natural, no material, no terrestre, no carnal, no sexual, puramente racional...

La arquitectura del mundo quedó reconvertida en dos mundos, dos niveles, «dos pisos» de realidad, radicalmente diferentes y diametralmente opuestos. Ya hemos dicho: no un mundo de dos pisos simétrica y pacíficamente ordenados, sino dos mundos siempre en lucha, por causa de la rebeldía de la materia, la naturaleza, la carne, el mundo; la paz y el orden que en ese mundo dividido pudiera conseguirse, sólo obedece al imperio de la fuerza del mundo superior sobre el inferior, que dimana de Theos –la clave de la bóveda, decíamos–, de quien dimana todo en definitiva.

Maticemos: esta (metafórica) «separación del cielo y de la tierra» que se instaló en la cosmovisión humana hace cinco milenios, no fue un cambio ontológico del cosmos –como no lo sería tampoco hoy si decidiéramos nosotros lo contrario, unir en nuestro conocimiento lo separado–. No fue que el mundo «efectivamente» se rasgó. Se rasgó el mundo humano, su noosfera, el mundo mental y cultural humano, el paradigma cósmico que hasta entonces la humanidad había llevado inscrito en sus genes mentales-culturales. Igualmente surgió ahí, como piedra clave necesaria de esa nueva bóveda mental cultural humana, theos, la pieza clave de esa nueva cosmovisión, de ese nuevo protoparadigma. También en esto, no es que «surgió ontológicamente» theos, no es que ahí vino al ser, sino que surgió, apareció, lo pusimos en el puesto central de esa nueva cosmovisión mental. Nada ontológico,

ninguna transformación del ser, ningún evento óntico, realista. Simplemente, una recomposición epistemológica dentro de la noosfera humana, provocada obviamente por algunos eventos transformativos infraestructurales. El surgimiento de theos en esa transformación, no fue un evento óntico, ni siquiera ontológico, sino epistemológico. Theos es, por definición histórica, la pieza central de un «modelo de representación» del mundo, originado hace todos esos milenios, que abrió una nueva etapa histórica para el desarrollo conciencial, cognitivo y material humano, y que, por cierto, ha entrado en crisis, pero que no ha sido enteramente desplazado, ni mucho menos.

¿Estamos abocándonos hacia el nihilismo?

Se lo preguntará algún lector. Pues... responderemos no hay por qué suponerlo. Estamos diciendo que la aparición de theos, un inquilino recién aparecido en ese piso superior que fue construido por encima del mundo terrestre, no fue sino un elemento conciencial de aquel gran cambio epistemológico que se registró en la conciencia humana en esta región del mundo a la que nos estamos refiriendo. Un acontecimiento epistemológico; no óntico. No que algo nuevo pasó a existir⁵¹, ni nada que dejó de hacerlo. Nada de esta transformación epistemológica a la que nos estamos refiriendo incluyó un evento óntico. Lo que había, lo que hubiera, lo que fuera en verdad la Realidad de entonces, lo tuvo que seguir siendo, y hoy quizá lo pueda estar siendo. La epistemología no tiene correspondencia óntica. (Esta afirmación corresponde, obviamente, a una epistemología nueva, no a la clásica).

Volvamos a la pregunta: ¿estamos abocándonos al nihilismo? Obviamente no. El descubrimiento de que la transformación de la conciencia humana es algo epistemológico y no ontológico es una transformación epistemológica de nuestra

⁵¹ Existir, de ex-sistere, tener «sistencia fuera de»; o como se ha dicho: «llegar a estar fuera de las causas y de la nada».

mente que «des-realiza» nuestras afirmaciones noéticas y de conciencia, pero no niega la realidad de la realidad real –externa a nuestra realidad mental–.

Nada de **nihilismo**: lo que sea la Realidad «ónticamente» –digámoslo así, aun con cierta impropiedad– lo sigue y seguirá siendo sin verse afectada para nada por las modulaciones que nuestra inteligencia elabora y reelabora permanentemente para tratar de captarla, interpretarla y conocerla. Pero también: nada de **dogmatismo cognitivo**: nuestro conocimiento no crea realidad... sino que sólo crea modulaciones, «entes de razón», herramientas hermenéuticas, «ficciones útiles». Y así mismo: una cierta dosis de **agnosticismo**: siempre es bueno desconfiar de nuestra capacidad de conocer, y de nuestras propias afirmaciones.

Theos y divinidad

Según esto, considerar que theos sea una realidad cognitiva, una creación humana cultural, y que su aparición sea un evento epistemológico, no implica afirmar que no exista algo tal como la Divinidad⁵²... El mundo, el cosmos, la realidad... puede ser divina, puede tener divinidad, o sacralidad, misteriosidad... Darse cuenta de que hemos sido nosotros los humanos quienes hemos construido a theos (y no al revés), no conlleva caer necesariamente en el ateísmo: puedo llegar

⁵² Divinidad, aquí, y siempre que no diga lo contrario, no es un nombre común, no es un sinónimo de dios (como por ejemplo en «las divinidades de Egipto», que se refiere obviamente a «los dioses» de Egipto). Divinidad lo empleamos en su sentido gramatical más directo: un nombre abstracto, que viene a significar «el carácter de divino que algo tiene», como amistad es el carácter de amigo que una persona tiene para mí, o enfermedad es el carácter malsano que algo tiene. Muchas veces, el plural de los abstractos delata que hemos convertido la palabra en un nombre común. Por ejemplo: tengo muchas «amistades»... es una figura de lenguaje; para hablar más propiamente (más concretamente), lo que tendríamos que decir sería que tengo muchos «amigos/as».

al convencimiento de que theos es un concepto nuestro, y que no tiene respaldo en la Realidad real óptica⁵³, cósmica... es decir, que no es un Ente, y puedo sin embargo continuar pensando que el mundo es «divino», que el cosmos respira «divinidad» por los cuatro costados, que es sagrado, que es/ está habitado de Misterio inefablemente... y puedo adorar y venerar esa divinidad, esa sacralidad, reverentemente, hasta extasiarme místicamente: *jeste mundo y este cosmos son realmente divinos...!* Puedo percibir, sentir a mi manera, pensar, concluir, decidir conscientemente «creer» en todo esto, que muchos bien pueden llamar Dios, sin por eso optar yo por ser teísta... Es decir: puedo no creer en theos y ser profundamente religioso y espiritual.

La inmensa mayor parte de la teología actual, y de las instituciones eclesíásticas, todavía no entran en esta distinción. Veamos. Hace cincuenta años, a raíz claramente del Vaticano II entre los católicos y de otros eventos similares entre los protestantes, surgió con fuerza el tema de «las imágenes de Dios»⁵⁴, prácticamente desconocido hasta entonces en la pastoral. Nos estuvimos esforzando en los decenios que siguieron por «purificar la imagen de Dios», rechazando y hasta negando... sus «imágenes» inadecuadas o incluso «falsas»; lo cual no nos llevaba, en absoluto, al ateísmo. Al contrario: precisamente, el abordaje de aquella superación de imágenes inadecuadas y falsas de Dios, lo considerábamos un medio pastoral oportuno y eficaz para propiciar el diálogo con los que negaban a Dios-

⁵³ «Aunque no haya un dios ahí arriba», de LENAERS, Abyayala, Quito 2013, libremente disponible en la ampliación de los Servicios Koinonía: <https://tinyurl.com/ServiciosKoinonia2>

⁵⁴ Monumento emblemático de la preocupación pastoral de aquella época es el libro «El Dios en quien no creo», de Juan ARIAS, que aún sigue reimprimiéndose (Sígueme, Salamanca 2004), y que ha sido traducido a diez idiomas. Véase: Juan ARIAS, «El Dios en quien no creo. Más de 40 años después», Agenda Latinoamericana Mundial'2011, pág. 42-43, disponible en el archivo digital de la Agenda Latinoamericana.

sin-más. La mayor parte de la teología actual sigue anclada en aquella perspectiva: continúa preocupada por limpiar y recuperar la nitidez del rostro de Dios, contra sus malas imágenes, pero... no descubre que está presente ya otra ola más fuerte y más honda, que en algunos lugares/sectores poblacionales ya está avanzando como un tsunami.

A aquel descubrimiento de hace cincuenta años, de que las imágenes de Dios eran un gran problema, ha sucedido hoy el descubrimiento de que el problema está más abajo de las imágenes; está en el mismo Dios. En el concepto mismo de Dios (Theos). Ya no es que nuestros contemporáneos no acepten a un Dios sádico⁵⁵, violento, «metementodo»... (y mil otras adjetivaciones o imágenes inadecuadas); más bien es a Theos mismo a quien ahora niegan: niegan ese Ente, Señor, Todopoderoso, externo, interventor, separado, espiritual, subjetividad especial supremamente inteligente, sin otro fundamento que nuestra inteligente e imaginativa creatividad para construir explicaciones inalcanzables. Ese theos, iniciado hace unos 5000 años, mejorado conceptualmente por los griegos, con el que los cristianos se identificaron ciegamente hasta desplazar con él a Yahvé, y el teísmo mismo, ya no son de recibo en la sociedad que está llegando para quedarse.

Hace 50 años dimos un salto importante hacia adelante cuando interpretamos que el problema no era con Dios mismo, sino con «sus imágenes». Hoy, a la altura de la evolución de nuestra cultura, esas imágenes aparecen como un problema menor, de segundo orden, y aparece claro que el problema raíz es el concepto mismo de theos: su origen histórico, su elaboración, su autoría humana, su estatuto epistemológico... todo lo que venimos diciendo. Aparece claro que ya no basta –y que queda de alguna manera sobreseída– la pastoral de la «purificación de las imágenes de Dios». Que lo que urge ahora

⁵⁵ François Varone, *El Dios sádico. ¿Ama Dios el sufrimiento?*, Sal Terrae 1988.

es superar algo más hondo y paradigmático, un modelo de interpretación de la realidad profunda que hoy se revela obsoleto, además de nocivo⁵⁶: *Theos mismo*.

La cuestión es pues *theos*, no la Divinidad⁵⁷. Descubrir el estatuto epistemológico de *theos*, su génesis mitológica, a pesar de su posterior recuperación filosófica griega, así como la evidencia de su inviabilidad en una sociedad adulta, emancipada, científica y postmítica, no nos lleva al ateísmo, sino simplemente al pos-teísmo o, dicho todavía más asépticamente, al no-teísmo. El no teísmo no es por sí mismo ni ateo, ni nihilista, ni materialista-reduccionista, ni cerrado al Misterio, a la sacralidad ni a la divinidad; simplemente, se desembaraza crítica y conscientemente de un «producto evolutivo» creado por el ser humano, una «ficción útil» de la que se sirvió en un momento dado del desarrollo de su cultura y de sus medios de infraestructura material; un elemento cuyo origen, estatus ontológico y epistemológico hemos logrado conocer sólo últimamente, y que se revela ahora claramente como perteneciente a una etapa histórica superada, injustificado, obsoleto, anacrónico (fuera de su tiempo, ya caducado) y responsable de implicaciones negativas (incluso para el planeta). Y, por todo ello, un concepto de uso nocivo.

⁵⁶ Nociva hoy, tal vez no en el proceso evolutivo. De hecho, el paradigma antro-po-teo-cósmico postcalcolítico fue una forma como la biología consiguió hacernos viables... Cumplió ya su función, pero su perpetuación parece ya nociva. Como nuestro conocimiento en general, ha sido una «ficción útil», pero actualmente ya está fuera de la fecha de su caducidad.

⁵⁷ Con este sustantivo abstracto, que tantas veces actúa como sinónimo de «dios» y «dioses» en plural, me refiero a la sustancia destilada de lo que durante milenios hemos llamado «dios», pero despojada de todos los elementos impuros que hoy sabemos que son simplemente modelo de conocimiento, modulación nuestra para habérmolas con la realidad. Todas esas determinaciones que venimos diciendo que son «constituyentes» del modelo *theos*, y que ya no resultan aceptables.

Aquel ateísmo materialista reduccionista decimonónico que al rechazar a theos creía necesario rechazar también la sacralidad de la vida, el Misterio del cosmos, y la numinosidad de la realidad... y reducirlo todo a la materia crasa, prácticamente desapareció; ha sido abandonado poco a poco por la sociedad científica actual. En aquel histórico enfrentamiento entre ateísmo ('científico') y cristianismo, tanto el uno como el otro erraron, al confundir a Theos con el Misterio de la Realidad, con la divinidad de la Realidad. El ateísmo, por su ceguera ante las dimensiones supramateriales de la realidad, y por su avasalladora actitud nihilista ante cualquier realidad que no fuera meramente material. Y el cristianismo erró por su ceguera ante las contradicciones de la imagen cultural-filosófica de su propio theos, tomándolo por el rostro mismo indiscutible del Misterio inefable. Es por eso que hoy hay voces que declaran la inanidad de aquellos «Diálogos entre cristianismo y ateísmo» del siglo pasado, como diálogos de sordos que querían convencerse unos a otros: los dos estaban equivocados, y los dos tenían razón. Roger Lenaers sostiene en uno de sus últimos libros (LENAERS 2013: último capítulo) que cristianismo y ateísmo tienen que reconciliarse, porque los dos tienen razón, y juntos pueden aportar a la humanidad una nueva visión, libre de aquella confusión.

«Creo en Dios, pero no es theos». La Divinidad⁵⁸ posteísta...

¿Podremos seguir diciendo «dios», en el posteísmo? Pues sí, claramente, pero, bajo determinadas condiciones, y con mucha lucidez, para no seguir perpetuando el daño realizado y todavía en curso.

⁵⁸ He erradicado de mi vocabulario la palabra divinidad como un sustantivo concreto, que en este caso sería sinónimo de dios, theos. Cuando digo divinidad, uso la palabra en su propia condición semántica directa, como un sustantivo abstracto. Son dos sentidos totalmente diferentes, que no pueden confundirse, como indiqué más arriba.

Aunque la traducción de *theos* sea, obviamente, «dios», es bien claro a estas alturas que, en este estudio, estamos postulando la necesidad de distinguir muy claramente dos sentidos muy diferentes en la palabra «dios». La acepción vulgar, en uso desde hace milenios, es la que lo entiende como *theos*, cuyas «notas esenciales» ya hemos elencado y comentado ampliamente más arriba. La acepción técnica sería la que por «Dios» entiende la «Realidad Última», o –tal vez mejor– la «Ultimidad de la Realidad», al margen efectivamente de todas aquellas «notas» características de *theos*. Así, puedo no creer en dios (*theos*), y sin embargo sigo teniendo la necesidad y el deber de «apostar»⁵⁹ por la Realidad Última, por la búsqueda de la Ultimidad de la Realidad, sin transigir con el mito, con la mitología, con la imaginación religiosa irresponsable, con las «creencias» que se transmutan en dogmas gratuitos, ni con la infantil «fe del carbonero», o los dogmas opresores de la mente impuestos por el autoritarismo de la institución religiosa. Obviamente, esta actitud de «apostar por la Ultimidad de la Realidad»⁶⁰ no se reduce a la evitación formal de una palabra o concepto; la actitud posteísta implica no sólo el abandono del concepto *theos*, sino el abandono de todo lo que *theos* conlleva, todo aquello de lo que *theos* es su causa y su centro (teocentrismo). En la teología tradicional, por ejemplo, todas sus ramas son teístas, y teocéntricas; un cristianismo libre de *theos*

⁵⁹ He abordado en varios textos mi convencimiento de que «ya no se trata de creer». La necesidad de fe –una de las tres reinas entre las virtudes (no en vano *theo*-logal)–, sin la cual sería imposible agradar a Theos, parece que va a desaparecer también con la desaparición o superación de Theos, que jugaba al escondite, creándonos y llamándonos a la vida, pero no dejándose ver y exigiendo «creer» en su existencia... Ya no resulta verosímil.

⁶⁰ «Creer en Dios», me parece equívoco, y peligroso a estas alturas, y creo que este «apostar por la ultimidad de la Realidad» expresa perfectamente hoy lo que en lenguaje teísta llamábamos «creer en Dios».

necesitará entonces una teología totalmente nueva, no teísta, ni teocéntrica. También necesitará una mística nueva, no teísta ni teocéntrica⁶¹. Así de grave es la metamorfosis que postulamos.

Un cristianismo posteísta ya existe, pues son muchos los cristianos posteístas; pero, desde luego, estos cristianos se hallan a la intemperie, llevando a sus espaldas un patrimonio simbólico religioso milenario que sienten obsoleto, incluso nocivo. Otro cristianismo tiene que ser posible, y urgente, y ¡tiene que ser posteísta!

¿Hay que desterrar, o raer, la palabra «dios»? No, lógicamente. Lo que sí hay que hacer es resignificarla, delimitar nuevamente su significado, declarando explícitamente superado (cuando utilicemos el término) aquel concepto que precisamente le dio origen. Las palabras, como los conceptos, nacen, crecen, se reproducen, enferman, mueren... y a veces resucitan. La palabra dios, en el sentido de theos, nunca debiera ser usada ya en el sentido histórico-mítico de *theos*: un Dios ahí arriba, ahí fuera, externo, Señor, interventor, «él»... Todo uso en este sentido es nocivo, perpetúa el daño que nos ha hecho.

¿Prohibimos entonces decididamente la palabra «dios»? Tillich propuso una moratoria para con la palabra: no utilizarla durante cien años. Personalmente, creo que eso nos haría bien, para obligarnos a resignificar esa palabra-concepto que hoy nos hace daño; pero en absoluto, pienso que no se debie-

⁶¹ La mística tradicional está bajo mínimos. Se consuela con el renovado interés espiritual de una sociedad que se va de la religión por no poder aceptar un theos ahí arriba/ahí fuera, pero todo el lenguaje tradicional de la mística está lastrado por el teísmo, por ese Tú espiritual, esposo del alma, amundano, acósmico, superpersonal, amigo invisible, y con frecuencia encerrado todavía en la caja escriturística de su respectiva religión. Sin embargo, y sin ese nombre, la vuelta a la mística, integral, cósmica, 'no espiritual', oikocéntrica, holística... está proliferando por todas partes. Y ya libre del encierro en la caja de la Escritura, medita y contempla sobre «el primer libro»... sin Kirios, sin Señores ni esposos.

ra prohibir, porque también ofrece un buen servicio a quien sepa utilizarla: si la utilizo como un «símbolo de la Ultimidad de la Realidad», del Misterio, de la «divinidad de la Realidad», como una simbolización suya para evocarla, como un tropo del lenguaje para dirigirme a ella... puede ser muy útil, porque guarda la connotación de ultimidad, tan difícil de encapsular en una palabra nueva que todavía no tenemos. Puedo utilizar el término «dios», con tal de que nadie me lo vaya a entender como *theos*, o sea, sólo donde mis interlocutores ya tienen claro que no hay un señor *ahí arriba*, *ahí fuera*, y que no estoy hablando de nada que se parezca a los dioses míticos de los pueblos neolíticos post-calcolíticos, y hodiernos. No podemos ser conniventes con semejante confusión, que atrasa la historia de la evolución humana, y lastra la capacidad de la humanidad para alzar el vuelo hacia una nueva época de inteligencia de la Realidad. Pero evitado claramente ese grave peligro, sí cabe añadir a nuestro vocabulario esa palabra ahora renovada tan cargada de mística y de energía⁶²; cabe utilizarla con arte y con todos los juegos y tropos del lenguaje, libre de todo teísmo, y aplicada ahora como un nombre más de esa ultimidad de la Realidad que seguimos tratando de evocar e incluso de invocar no personalísticamente.

«En Dios sin dios»: en el Misterio, sin *Theos*

Una conclusión que podemos derivar de todo lo dicho es que, «creer en Dios», lo que siempre ha sido, en nuestra historia cristiana conocida milenaria, el primer artículo de fe, la base mínima para reconocernos dentro del cristianismo, sin la cual no podíamos ya dialogar sobre nada, ya no es lo que fue. Ya no podemos pedir a nadie, como primer artículo de fe de la religiosidad de nuestra comunidad religiosa, *que crea que hay un Señor ahí arriba ahí fuera*. Creer en Dios ya no es aquel primer requisito *sine qua non*. Puede no creer en dios,

⁶² Cfr. *supra*, la citación de Martin Buber.

puede ser a-teo, y ser cristiano. Una gran novedad, un salto cualitativo, de conciencia, de comprensión, de paradigma.

Puedo **dialogar con personas ateas** y decirles: yo tampoco creo ya en Dios; reconozco que insistí en algo innecesario; confundí el fondo último con una simple forma de imaginarlo, de modelarlo, de hacérselo accesible a nuestra mente mítica. Y comprendo vuestra negativa a aceptar aquella imagen, mito, modelo, forma, mediación epistemológica... Yo tampoco la creo ya necesaria, ni adecuada, ni mucho menos inocua... Pido disculpas por el malentendido. También yo prefiero prescindir de esa imagen y/o concepto, que hoy me parece ya obsoleto.

Puedo **dialogar con jóvenes críticos** que me dicen que «no creen en Dios», y puedo no adoptar hacia ellos una actitud paternal para supuestamente «evangelizarles», instándoles a no dejar de «creer» en Dios... Puedo decirles: díganme por qué no creen en theos, porque sospecho que yo comparto también esas razones, porque sospecho que yo tampoco creo en ese *Dios-theos* que ustedes rechazan. No creo en ese *dios* que, hasta unos jóvenes como ustedes sienten la necesidad de rechazar, de no creer en él. No crean en él, porque no están obligados a ello, y tampoco renuncien a seguir siendo personas completas, buscadoras reverentes de la ultimidad de la Realidad. No «creamos». Busquemos la verdad de la Realidad, su sacralidad, y optemos por ella, vivamos conforme a ella, según nuestra convicción espiritual sentida.

Definitivamente, podemos decir que **ya no se trata de «creer»**... Antes, todo estribaba en creer, en someterme a unas doctrinas y paradigmas, aunque no las entendiera o no me convencieran; se trataba de someterse. Ahora creemos que el ser humano no está llamado a someterse, a «creer», a renunciar a su razón y aceptar ciegamente las creencias que le exija una institución, ni tampoco a... «alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima». Con el ser humano moderno emancipado, el «principio y fundamen-

to» de Ignacio López de Loyola⁶³ se queda sin fundamento, y a partir de ahí, no parece ya tampoco un buen «principio»; hay que comenzar todo de otra manera⁶⁴. En esta nueva etapa posteísta de la visión humana, no se trata de creer sino de reflexionar, de estudiar, discernir, de decidir... y de arriesgarse personalmente, «optar», por el sentido percibido, con autonomía, con libertad, emancipados de toda minoría de edad, de todo miedo y toda mitología.

Puedo también **dialogar con todas las religiones**, es decir, con todas las opciones y convicciones espirituales – incluida la del ateísmo–, y puedo proponerles retirar ese nombre («dios») de nuestro vocabulario, porque confunde, porque limita nuestra libertad espiritual, porque está irremisiblemente perdido bajo el peso de una tradición manchada de mitología, de opresión, de inquisición, incluso de muerte. Puedo proponerles que abandonemos ese nombre, Dios, y cualquier otro nombre que le hayamos dado, no porque «no se le pueda nombrar» (por respeto, por infabilidad, como muestra de respeto mediante el reconocimiento humilde de nuestra incapacidad), sino porque al nombrarlo lo deterioramos, lo destruimos, lo convertimos en algo, en alteridad, en una cosa o sujeto, o al menos en un Ente, como siempre de hecho lo ha venido pensando la práctica totalidad del Pueblo religioso. Las religiones, muy pulcras en su teología oficial, han transigido generalmente con la religiosidad popular dirigida a un Ente imaginado ahí fuera, ahí arriba.

⁶³ *Ejercicios espirituales*, Sal Terrae 2014, p. 18.

⁶⁴ Después de la modernidad, ya no se puede comenzar pura y simplemente por la afirmación teísta pura y dura, en su máximo y descarnado rigor. Eso es una losa (aunque funja como piedra clave de la bóveda postcalcolítica), que pesa inaceptablemente sobre el ser humano «moderno», emancipado del miedo, del sometimiento feudal. Agustín Udías (sj) informa sobre el movimiento de la Big History, cada vez más aceptado por un número creciente de universidades, como un nuevo marco para toda ciencia. Cfr. «La “Gran Historia” (*Big History*) y el Antropoceno: Dos Nuevos Enfoques del Pasado y el Presente», en: servicioskoinonia.org/relat/454.htm

Sólo liberados del espejismo seductor, de ese «amigo invisible», de ese Señor Dios Todopoderoso que atraía nuestra mirada y secuestraba nuestra atención hacia el cielo empíreo, fuera del mundo, ya en el futuro escatológico de «otros» cielos y tierra nuevos, diferentes; sólo liberados de ese espejismo podremos volver la mirada a la materia, a la Tierra y al cosmos real, a la Realidad. Sólo liberados de un *theos* que secuestra y acapara en sí la Divinidad de la Realidad y se la lleva expatriada a un cielo separado de la tierra y la naturaleza, podremos volver los ojos a la divinidad profunda de la Realidad, a la divinidad de todo, del Todo.

El budismo no es teísta, no cree en *theos*, para nada, no cree que haya dioses. Pero nadie discutirá su profundidad espiritual y religiosa. Lleva así varios milenios en su muy trabajada historia espiritual. Ello explicaría, por paralelismo antitético, lo que pasa por ejemplo en el mundo cristiano, donde este planteamiento de superación del modelo del teísmo, levanta ampollas y le parece imposible a quien lleva toda su vida y su historia centrado en *theos*: hablar de no teísmo le puede parecer un absurdo, una catástrofe, la ruptura del sentido de la vida espiritual. Estas personas reivindican también el «carácter personal» de *theos* como algo esencial e imprescindible. Sin *theos* ahí arriba como «Amigo invisible» siempre dispuesto al contacto directo de la oración íntima, se les imposibilitaría no sólo la oración, sino la espiritualidad. No valdrían para budistas. Y es que llevamos ya milenios en ese modelo teísta, y no es algo de lo que uno se pueda desprender voluntariamente, si no recorre un camino de análisis, reflexión, y educación de un nuevo sentido para percibir y saborear la sacralidad no teísta de la Realidad holística. Actualmente son infinidad las personas que abandonan la espiritualidad teísta (muchas veces por dificultades insuperables para sobrellevar sus implicaciones teóricas cosmológicas obsoletas, en la sociedad culta actual) y se abren cada vez más a espiritualidades y religiosidad sin *theos*.

Como decimos, no se acaba el mundo; se acaba, simplemente, un mundo, un mundo de representaciones –que no de realidades– que creíamos inamovible, e insustituible –porque no nos era imaginable otro, y porque lo habíamos blindado entronizándolo revelado por el propio theos creación nuestra–. Se acaba ese mundo, y sí, es algo que da miedo, pero que hay que afrontar con valor y con coraje. En el fondo, sin duda, se trata de una liberación, y de un salto evolutivo hacia adelante. Bienvenido sea el posteísmo.

Este estudio se ha centrado en delimitar bien un concepto técnico de teísmo (no de «dios») y en mostrar la conveniencia de que la humanidad se desprenda de la barca con la que ya ha cruzado ese mar, o de la escalera con la que ya ha accedido a una etapa superior; puede ahora abandonar la barca y la escalera, que ya cumplieron su cometido, y seguir caminando, sin miedo, con toda libertad, hacia horizontes más amplios⁶⁵.

Postdata: Es hora de superar nuestra herencia mitológica, casando de una vez nuestra religiosidad con la ciencia

Igual que hoy sabemos arqueológicamente que no hubo Éxodo histórico (ni plagas, ni cena pascual en Egipto, ni Mar Rojo dividido, ni peregrinación por el desierto, y por tanto tampoco zarza ardiendo ni tablas de la Ley esculpidas por rayos chispeantes, ni Diez Mandamientos...), y que a Yavé también

⁶⁵ En este texto, a propósito, no he abordado las inmensas y excelentes perspectivas de la espiritualidad no teísta, la espiritualidad «después de theos». Lo he tratado en varios otros estudios, a los que remito, en: eatwot.academia.edu/JoséMaríaVIGIL/Ecocentrismo Ver concretamente: VIGIL, JM., *Ante la catástrofe climática, una nueva visión y una nueva espiritualidad*, Ponencia en el 12º Enuentro Internacional del CETR noviembre de 2017.

se le representó y se le rindió culto en épocas primeras bajo la forma de un becerro o toro joven -como en las religiones de los pueblos vecinos-, y que tuvo divinidad consorte venerada incluso en el Templo de Jerusalén, cuyas huellas fueron luego raídas del texto bíblico, y podemos seguir siendo «creyentes», pero sin credulidad, lúcidamente, con una «nueva ingenuidad»,

del mismo modo hoy sabemos que *theos* no es una revelación al pueblo de Israel (todavía inexistente cuando *theos* apareció), ni una «revelación» a los pueblos kurgans, de las estepas. Hoy creemos saber cuándo apareció *theos*, dónde, simultáneamente en varios lugares; intuimos los factores y sus condicionamientos culturales, y vemos claramente trazables y reconocibles las repercusiones políticas del teísmo primigenio de estos pueblos, y la colonización y dominación que ejercieron sobre sus vecinos.

No es que todo este contenido que estamos refiriendo sea un material científico ya comprobado, pacíficamente poseído, ni mucho menos; queda mucho por recorrer en este camino. Pero mirar para otro lado, no tener en cuenta nada lo que ya hoy sabemos, y seguir ocupados en elaborar y reelaborar nuevos «refritos» con las mismas creencias y mitos multimilenarios, «nuevas propuestas sobre los mismos inalterados presupuestos», inaccesibles a toda crítica, puede dar razón a los que dicen que la teología es un monumento a la lógica, sobre un pedestal falso y obsoleto. Por otra parte, pensar que la ciencia pone en peligro «la fe», es un error: es más bien el miedo a la ciencia el que lleva ya varios siglos destruyendo la fe religiosa, mientras las personas más lúcidas abandonan –hoy masivamente– el barco que se hunde. Es hora de tomar la arqueología, la antropología cultural, las ciencias de la religión, y todas las demás ciencias, en serio, y muy en serio. También aquí, hay que salir de la auto-referencialidad: teología en salida.



Bibliografía de apoyo

- BARING, Anne, CASHFORD, Jules, *El mito de la diosa*, Siruela, Madrid 1991, 851 pp
- BECKING, Bob (ed.), *One Only God? Monotheism in Ancient Israel and the veneration of Goddess Asherah*. Sheffield Academic Press, NY 2001, 234 pp
- BELLAH, Robert, *Religion in Human Evolution. From the Paleolithic, to axial age*. Harward University Press, Cambridge USA, 2011, 777 pp
- CAÑÓN LOYES, Camino (2017). Naturalización de la espiritualidad (1). «Pensamiento». Revista De Investigación E Información Filosófica, 73(276 S.Esp), 609-629. <https://doi.org/10.14422/pen.v73.i276.y2017.029>
- CUPITT, Don, *After God*, BasicBooks, HarperCollins, NY 1997, p. 62.
- DEL OLMO, Gregorio, *De los 1.000 y más dioses al Dios único. Cuantificación de los panteones orientales: de Egipto a Cartago*. En: Actas II Congreso Internacional del Mundo Púnico. Cartagena, 6-9 de abril de 2000. En: revista «Estudios Orientales» nº 5-6 (2001-2002) 19-32.
- DEVER, William, *Did God Have a Wife? Archaeology and folk religion in Ancient Israel*. Eerdmans, Grand Rapids, Michigan, USA, 2005, 361 pp
- EATWOT (Ecumenical Association of Third World Theologians), *The New Biblical Archaeological Paradigm*. In VOICES Theological Journal, 2015-3&4, multilingual issue, freely digitally available at eatwot.net/VOICES
- EATWOT, *Deep Ecology Spirituality*, monographic multilingual issue, VOICES 2014-2&3, freely digitally available at eatwot.net/VOICES
- EISLER, Riane, *El cáliz y la espada*, Cuatro Vientos, Santiago de Chile, 1991, 310 pp
- FINKELSTEIN, Israel, *La Biblia desenterrada. Una nueva vision arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*. Siglo XXI editores, Madrid 2003, 312 pp
- GIMBUTAS, M., *Bronze Age Cultures in Central and Easter Europe*, Mouton & Co., Paris-London 1965, 780 pp
- GIMBUTAS, Marija, *The three waves of the kurgan people into Old Europe, 4500-2500 B.C.*, «Archives suisses d'antropologie générale 43/2 (1979) 113-117.
- GIMBUTAS, M., *Diosas y dioses de la Vieja Europa (7000-3500 a.C.)*, Siruela, Madrid, 2014,
- HALTON, Eugene, *From the Axial Age to the Moral Revolution*. Stuart-

- Glennie, Jaspers & a New Understanding of the Idea. Palgrave-Macmillan, 2014, 160 pp
- HUXLEY, Julian, *Religión sin Revelación*, Editorial Sudamericana, BsAs, 1967, 296 pp
- KATONA, A.L., *Proto-Greeks and the Kurgan Theory*, «The Journal of Indo-European Studies» 28 / 1-2 (Spring-Summer 2000) 65-100.
- KAUFFMANN, Stuart, *Reinventing the Sacred, New View of Science, Reason & Religion*, Basic Books, 2008, 324 pp
- KAUFFMANN, S., *At home in the Universe*, Oxford University Press, 1995.
- KEARNEY, Richard, *Anatheism. Returning to God after God*. Columbia Univ. Press, NY 2010, 271 pp
- KOMOROCZY, G., *The Separation of Sky and Earth. The cycle of Kumarbi and the Myths of Cosmogony in Mesopotamia*. «Acta Antiqua». Academiae Scientiarum Hungaricae XXI(1973) 21-46.
- LENAERS, R., *Aunque no haya un Dios ahí arriba. Vivir en Dios sin dios*. Colección Tiempo Axial 16, Abyayala, Quito 2013, 214 pp
- LENAERS, Roger, *El no teísmo, como último paso*. RELaT 430, servicios-koinonia.org/relat/430.htm
- McFAGUE, Sally, *Modelos de Dios*, Sal Terrae, Santander, 1987, 309 pp
- O'MURCHU, Diarmuid, *Reclaiming Spirituality. A new spiritual framework for today's world*. Crossroad NY 1999, 197 pp
- REICH, David, *Who We Are and How We Got Here. Ancient DNA and the new science of the human past*. Oxford University Press, Oxford UK 2018. 368 pp
- RIES, Julien (coord.), BOYER, GIMBUTAS et alii, *El hombre indoeuropeo y lo sagrado*, Trotta, Madrid 1995, 367 pp
- RÖMER, Thomas, *L'invention de Dieu*, Seuil, Paris, 2014, 340 pp
- SPONG, John Shelby, *Un cristianismo nuevo para un mundo nuevo*. Colección Tiempo axial nº 14. Abyayaya. Quito 2001, 216 pp
- SPONG, JS, *Doce Tesis sobre el teísmo. Llamada para una Nueva Reforma*, en *Agenda Latinoamericana'2011*, pág. 227.
- STAUDACHER, W., *Die Trennung von Himmel und Erde*, Tübingen 1942.
- VAUGHAN-LEE, LI. (ed) et alii, *Écologie Spirituel*, Mille et une vies, Montreal 2017, 375 pp
- VIGIL, José María, *El «Teísmo», un modelo útil pero no absoluto para «imaginar» a Dios*. *Agenda Latinoamericana'2011*, p. 142-143.
- VIGIL, José María, *Naturaleza, Humanos, Dios. 2.0. Renovar el paradigma central de nuestra cosmovisión*, en: eatwot.academia.edu/JoséMaríaVIGIL
- VIGIL, JM., *El nuevo paradigma arqueológico bíblico. 1.1*, en: eatwot.academia.edu/JoséMaríaVIGIL/Nueva-Arqueología



¿No se considera usted cristiano porque dejó de creer en Dios? ¿Por qué? ¿Quién le dijo a usted que era necesario creer en Dios para ser cristiano? ¿Alguien le puede exigir a usted que crea que ahí fuera, ahí arriba hay un Señor que creó el mundo en 6 días, que dio a Moisés 10 mandamientos... y todo aquello que el catecismo decía de un Dios por encima de las nubes?

Los tiempos han cambiado. Hoy somos personas cultas, hemos estudiado, no nos cabe en la cabeza lo que con tanta buena voluntad nos enseñaron, y no lo creemos, pero, ¿y por qué vamos a dejar de sentirnos personas cristianas, por vivir en el mundo de hoy, atentas al desarrollo de la ciencia y de la sociedad?

Este libro quiere aclarar un malentendido fundamental, y multimilenario. Hace unos 6000 años los humanos sufrimos un cambio cultural muy importante, que nos hizo pensar que hay un mundo paralelo (lo hemos llamado cielo) donde apareció un Ser superpoderoso, masculino y espiritual, allí arriba, ahí fuera. Necesitábamos en aquel momento un *relato* así para sobrevivir. Y lo marcaron a sangre y fuego en las mentes y corazones, incluso nos llegó a muchos de nosotros...

Este libro quiere aclarar qué fue *theos* (dios), cómo surgió, cómo nos afecta, y cómo es un «modelo» de comprensión de la Realidad, discutible y mejorable, porque *Otro modelo es posible*. Cinco autores comparten su experiencia personal y su pensamiento sobre ello con usted.



NTA-3
NUEVO TIEMPO AXIAL

